



La Guerra de los Mil Días

JUAN AROSEMENA QUINZADA.

PRIMERA PARTE

(Abril 1900)

Si la memoria no me falla daré a conocer los hechos que a continuación expongo y en los que tomé parte, los cuales se sucedieron en aquellos aciagos días de la llamada “Guerra de Los Mil Días”, cuando el Dr. Belisario Porras, con el título de Jefe Civil y Militar vino al Istmo acompañado de los Doctores Carlos A. Mendoza, Eusebio A. Morales y del General Emiliano Herrera, designado Jefe de operaciones. A este grupo de distinguidos Jefes liberales les seguía una legión de valientes soldados que desembarcó en Punta Burica (Chiriquí) y a ella se adhirieron centenares de coopartidarios chiricanos al oír la proclama del caudillo que entre otras muchas promesas decía así: “Venimos a restaurar la República, a libertar la patria escarnecida en tantos días de oprobio...”

En la mañana del 4 de abril se encontraba ya el ejército expedicionario atacando al enemigo en la misma población de David el cual se encontraba atrincherado en su cuartel. En la torre de la iglesia había colocado francotiradores. Las fuerzas liberales comenzaron el combate. Poco a poco se fueron aproximando hasta llegar a la Plaza del Carmen. Horas después, concluía la batalla con la rendición de la tropa conservadora y la entrega de todos sus elementos de guerra.

§ § §

El Dr. Porras dejó a David y se embarcó con un grupo de revolucionarios en el Puerto de Pedregal, rumbo a la Bahía de Búcaro, Tonosí, para invadir así la provincia de Los Santos. Llegados a Tonosí los doctores Porras y Mendoza despacharon un posta para Los Santos con cartas al amigo y leal liberal don Ignacio Quinzada en las cuales le anunciaban encontrarse en

ese puerto al mando de una expedición revolucionaria y notificándole al mismo tiempo su nombramiento como Jefe del Estado Mayor de la Segunda División del Ejército Restaurador; pues nadie mejor que él para tal cargo por ser Quinzada “militar de carrera” que había servido en el ejército colombiano desde el año de 1876. En 1881 fue ascendido a Coronel ya que figuró como Jefe del Batallón Tercero de Línea le tocó pelear en muchos hechos de armas, principalmente en Piarichón y Los Chancos en Colombia. Durante la Guerra de los Mil Días en Panamá, Quinzada volvió a dar muestras de decisión y coraje en los combates de la Negra Vieja, Corozal, Calidonia y dos veces en Aguadulce. Entre sus papeles sus familiares guardan con veneración el Certificado en el cual el Jefe de los Archivos del Ministerio de Guerra hace constar tan honroso ascenso.

§ § §

Era de madrugada, dormían los retenes encargados de vigilar la población de La Villa de Los Santos, por lo que al baquiano le fue fácil entrar a pie, hasta el patio de mi casa, habiendo dejado su cabalgadura en las afueras del poblado. Al oír tocar en una de las puertas, mi padre, don Elías Arosemena, despertó. Todos nos levantamos nerviosos. El mensajero presentó las dos misivas y dijo: “El Dr. Porras me recomendó que entregara estas cartas a don Elías para que él las pusiera en manos del señor Ignacio Quinzada”.

—Juan, vístase y vaya con Celio a la finca del compadre Ignacio a cumplir esta recomendación pues el tiempo apremia.

Burlamos la ronda que patrullaba el pueblo, saltando de patio en patio y ya fuera de peligro montamos en briosos caballos ofrecidos por un amigo de la causa y después de un recorrido de diez kilómetros llegamos a la casa de campo de Quinzada. La señora al vernos exclamó: —“¿Qué quieren?”.

—Necesitamos urgentemente ver a nuestro tío Ignacio.

—Está bien. Siéntense. Iré a buscarlo a su escondite ya que un amigo residente en Pesé, cabecera de la provincia, le escribió anunciándole que el Prefecto había recibido órdenes de Panamá para capturarlo.

Al poco tiempo le vimos aproximarse con mucha cautela del brazo de la señora. Me adelanté y le anuncié: —Una sorpresa muy agradable para usted, tío. Le traigo cartas de dos viejos amigos Porras y Mendoza. Quinzada, después de leer las cartas nos dijo con decisión y aplomo.

—Llegó el momento de servir al partido liberal. Es conveniente que la gente del pueblo se concentre en el caserío hoy llamado Santa Ana —camino de Guararé—; pero es indispensable evitar que las autoridades se den cuenta de nuestros movimientos”.

Dos días después marchamos a Las Tablas decididos a seguirle para alcanzar el triunfo del Partido Liberal. Y así se organizó el primer grupo de voluntarios con que la heroica Villa contribuyó a la revolución liberal de 1900.

Posesionado el Coronel Quinzada de la jefatura del Estado Mayor del Ejército Restaurador comenzó la organización de dos batallones y un escuadrón de caballería. Al primero le dió el nombre de AZUERO, formado por los hijos del heroico pueblo santeño; el segundo se le denominó LIBRES DE CHIRIQUI con oficialidad chiricana y tropa de la provincia al mando del Coronel Manuel Quintero V., y el ESCUADRON PATRIA con jóvenes de Las Tablas y Guararé al mando del Coronel Rodulfo Pardo. El que esto escribe, y su hermano Alcibíades Arosemena fuimos incluidos con el título de Subtenientes como asistentes del Jefe Civil y Militar Dr. Belisario Porras.

Organizado así el contingente de la Provincia salimos de Los Santos para Aguadulce, provincia de Coclé, en cuya población tuvo lugar la unión de las fuerzas que por el camino de tierra venían de Chiriquí. Pocos días después el ejército fue puesto en marcha sobre Natá y continuó sin interrupción hasta los llanos de Coclé. Muy corto fue el descanso que tuvimos en la hacienda de ese gran liberal que se llamó Pacífico Vega, debido a la información que un mensajero dió a los jefes referente al desembarco de tropas conservadoras en las playas de Antón, compuestas de los batallones COLOMBIA, ULLOA y QUINTO DE CALI.

Fenecía el día y aprovechando la negrura de la noche el ejército se puso en marcha bajo la dirección de un práctico. Perdidos en la inmensa llanura amanecimos detrás del cerro de Los Pavos, camino real entre las poblaciones de Penonomé y Antón y para no presentar batalla al enemigo en condiciones desventajosas, pues las tropas revolucionarias estaban dispersas fue dada la orden de cambiar de ruta tomando rumbo a las montañas de Penonomé, camino de Chigoré y Las Churuquitas.

Atravesamos aquellos inhóspitos lugares bajo la lluvia inclemente, de día y de noche, hasta caer al Valle de Antón. Desde allí, repuestos del cansancio, marchamos a Chame y después a Capiira. Estando en esta población se acercó el Coronel Quinzada al Dr. Porras y le dijo.



General Juan Jacobo Restrepo, Comandante de la 6ª División del Ejército Unido del Cauca y Panamá, sentado en el centro; a la izquierda, Mayor Juan Urriola O., a la derecha, Capitán Enrique L. Hurtado. De pie, de izquierda a derecha: Teniente Cecilio Vergara, Teniente Carlos Muñoz, (Corneta del Comandante en Jefe), y Capitanes Alcibiades Arosemena y Juan Arosemena Q. y el Subteniente Félix Icaza.

—“Opino que debemos contramarchar a Chame. Si son ciertos los informes del desembarco de tropas del gobierno en la Chorrera, estos montes que rodean a la población no nos prestan ninguna seguridad, sobre todo cuando los que nos atacan son soldados aguerridos”.

Al aceptar los presentes tales reflexiones se dió la orden de contramarchar y el ejército liberal fue a ocupar las colinas que quedan en las afueras de Bejuco, con más exactitud, la cadena de montículos llamada de “MENA”, entre éstos, el de la Negra Vieja, cuyo nombre se le dió a la batalla que ahora recordamos.

Al amanecer del 8 de junio de 1900, comenzaron las tropas del gobierno a hacer sus primeros disparos; y estallido tras estallido, se precipitaron por la entrada única denominada las Paredes que les permitía llegar a Bejuco. Había empezado el combate con un impetuoso flaqueo, cayendo sobre el cerro que estaba ocupado por el batallón Conto. Eran según el parte oficial del Comandante en Jefe setenta (70) hombres a quienes les tocó sostener la embestida durante las dos primeras horas de fuego; pero ante la imposibilidad de resistir por más tiempo cedieron sus posiciones, en orden, como si fueran soldados veteranos, fogueados en varios combates; ellos, que ese día recibían su bautismo de fuego.

Como el comando de operaciones ocupaba el cerro de la Negra Vieja los atacantes se dirigieron a éste con el propósito de romper nuestra línea de batalla, habiendo destinado para ello a los batallones Ulloa y Quinto de Cali. En estos momentos se presentó el General Emiliano J. Herrera y enfocando con sus anteojos de larga vista el desarrollo de la batalla le dijo al Dr. Porras: “Fíjese Dr., cómo se nos vienen encima los godos, envolviendo en su avance a todo el ejército. Mejor sería arreglar las maletas. ¿No quiere usted hacerlo?”.

El Dr. le respondió con serenidad y firmeza:

—“Aquí debo caer o aquí debo triunfar. Mi deber está aquí”. Quinzada y Mendoza al ver la resolución del Dr. Porras añadieron: —“Belisario: Aquí caeremos juntos; aquí envueltos en nuestra bandera”.

El General Emiliano J. Herrera, Comandante del Ejército expedicionario, sin importarle un comino por la suerte de nuestras tropas que resistían la poderosa ofensiva en todos los frentes abandonó el campo de batalla y se dirigió a su cuartel general. ¿Cree usted, que debió seguirse el Consejo de Guerra?

En estas horas de desconcierto, oscuras y sombrías, el Coronel Quinzada, Jefe de Estado Mayor, actuó como actúan los verdaderos militares cuando advierten el peligro. Ante el empuje arrollador del enemigo, los nuestros tuvieron que abandonar la posición que al principio fue ocupada por el batallón Conto. A la vista de estos acontecimientos, fue necesario proceder sin pérdida de tiempo; unir los cuerpos del ejército en retirada en una acción conjunta con los de la reserva. Así lo comprendió el Coronel Quinzada al ver la indecisión reinante al hacerse cargo del mando de los bravos del Azuero, les dijo; “Entremos a pelear”. Puso a la cabeza de sus valerosas huestes al Comandante Mendoza y al hermano de éste, Juan Antonio; cruzaron los llanos del cementerio de Bejuco, hizo tocar a la carga e incontenibles se lanzaron los nuestros con una poderosa ofensiva a recuperar la loma del batallón Conto. Golpes tras golpes decisivos en todo el teatro de batalla obligaron a los godos a ceder y a abandonar las posiciones conquistadas en fiera lucha.

Roberto Cano, con un pelotón secundado por Vianor Bellido, Juan E. Goitía, los López G., Tejas, Robles, Espino, Céspedes, Cazorla, Méndez, Pardo, y otros más que no recuerdo, pertenecientes los más al destrozado ESCUADRON DE CABALLERIA pidieron permiso al Dr. Porras para apoderarse del cañón colocado a tiro de metralla para diezmar nuestras columnas y ante esta acción los godos se vieron precisados a desmontarlo, dejando solamente en nuestro poder la cureña, prisioneros y heridos.

Venturosa jornada fue la del 8 de junio de 1900 para el EJERCITO RESTAURADOR y para sus máximos jefes y oficiales que al morir la tarde de ese día pudieron contestar presente: Dr. Porras, Mendoza, y sus hermanos Jenaro y Juan Antonio, Quinzada, Barrera, Vernaza, Fernández César, Patiño, Pedro Maytín, Araúz Mateo, Cajar, Alvarado (Cucho), García E., Correa Alejo, Gutiérrez, Angulo Ezequiel, Terriente, Quintana, Ortega, Ferdín, Juan y Alcibíades Arosemena, Gutiérrez Nicolás, Lambert, De Puy, Barrera José de la C.; y para los caídos Ezequiel Agámez, Julio Silvera, Eusebio Aguilar, Pedro Bejarano, Oscar Durán, Alberto Chacón, Miguel Solís, Pedro Pinzón, Félix Hurtado, Manuel Martínez, José de la C. Saavedra que murieron heroicamente, sólo el recuerdo de la bandera roja izada en el cerro de MENA al redoble fúnebre de los tambores y al toque trágico de la corneta que despedía los mártires del pensamiento y la acción liberal.

Pocos días después celebramos la jornada del 8 de junio y recibíamos con júbilo la llegada del Dr. Eusebio A. Morales a San Carlos con un cuantioso cargamento.

Con ese nuevo equipo para el ejército fue factible volver a levantar nuestras toldas y continuar la marcha sobre Chorrera. Sin perder tiempo el Comando Supremo se reunió a fin de coordinar el plan de ataque a la ciudad de Panamá, último resguardo de los conservadores en el Istmo. Una de las cosas que se acordó fue abrir un segundo frente por Farfán contra el enemigo, reservando una parte del ejército para esa ejecución. El General Emiliano Herrera avanzaría sobre Arraiján, cruzaría la línea férrea, y luego ocuparía a Corozal. La retaguardia la cubría el Coronel Quinzada.

En el puerto de Caimito (Chorrera), embarcamos más de 300 hombres al mando del Dr. Belisario Porras y del General Cicerón Castillo, rumbo a las playas del pueblecito de Farfán a donde llegamos sin novedad. El General Castillo al ver la ciudad de Panamá se entusiasmó de una manera indescriptible. Hizo desplegar sus tropas en la playa a vista del enemigo. En las maniobras que ejecutaba daba órdenes a oficiales, tomándolos por Comandantes de Cuerpo, rompiendo así lo convenido en La Chorrera de guardar el mayor sigilio para que nuestra presencia en el citado pueblecito de Farfán fuese ignorada por los godos hasta el día del asalto a la ciudad. Al ser descubiertos comenzaron a tirotearnos desde la muralla de Chiriquí y de la Boca “blanqueándonos”, al mismo tiempo que sufría el cañoneo el pueblo indefenso.

Así pues, el motivo que nos llevó a ese lugar fue frustrado por los generales Castillo y Herrera. Este, como jefe, hízole una solicitud urgentísima al Dr. Porras para que le enviase a la mayor brevedad posible las tropas que comandaba el General Castillo. Contrariado Porras por el cambio de plan dijo: “VAMOS AL DESASTRE”. Efectivamente, fueron embarcadas en los vaporcitos Gaitán, La Cisterna y en veleros que al filo de la medianoche del día 23 zarparon en dirección a la Boca de la Caja.

Los batallones que debían salir a la vía férrea comenzaron a moverse en dirección de Arraiján, y al entrar a Corozal fueron atacados por fuerzas conservadoras comandadas por el General Albán y en dos horas de un furioso combate éstos sufrieron la más tremenda derrota sin precedentes, al punto de que el mismo General Albán perdió su caballo. Esta victoria abrió el camino al ejército liberal para entrar a ocupar la plaza de Panamá sin disparar un tiro, tal como se lo rogaron amigos íntimos al General Emiliano J. Herrera entre otros el propio Coronel Quinzada, a fin de que no perdiera tiempo de ordenar la marcha a los batallones vencedores en Corozal. El General Emiliano J. Herrera, demoró en tomar una decisión.

Cuando el ejército levantó el campamento de Corozal y se aproximó a las colinas de Perejil ingresaron los batallones del General Castillo y uno de caucanos al mando del General Ramírez. Con estos nuevos contingentes el General en Jefe se preparó para dar comienzo a la batalla que tuvo lugar en las tempranas horas del funesto día 24 de julio de 1900. Un valiente joven agregado a su Estado Mayor en la noche del día 23 logró llegar muy cerca de las trincheras de los godos y se impuso por las conversaciones sostenidas por los jefes inmediatos a la tropa, de cómo iban a recibir a los liberales, esto es, desde la playa del Trujillo, Guachapalí, Puente de Calidonia y más allá de la colina llamada “Tívoli”, para poner estos hechos en conocimiento del General en Jefe; de cómo estaban construídas las poderosas trincheras; es decir, con durmientes y barras de la vía férrea. La respuesta fue: *“No importa; tendrán sus difuntos”*.

El 24 de Julio de 1900, olvidando el Jefe las más elementales reglas militares, dióse principio a la batalla más cruenta (cuando cronistas militares la describan dirán cómo miles de hombres jóvenes se jugaban la vida entre atrincheramientos de acero), y se dividió el ejército en tres cuerpos: el ala derecha corría hacia la iglesia de San Miguel, el otro entró por la playa llamada Trujillo y el tercero tomó todo el centro de la calle de Calidonia, cuyo objetivo era tomar el puente del ferrocarril. Un choque formidable se produjo más tarde y la iglesia fue ocupada por los “Libres de Chiriquí”. Por todas partes barrían con metralla a los batallones que se acercaban con valentía inaudita sobre la barrera de acero. Así fueron diezmados por mil bocas de fuego de la fusilería y de las baterías instaladas en la colina “Tívoli”. Sin embargo, al grito “Viva el partido liberal”, volvían a la carga con coraje, frente a frente al enemigo, viéndose caer por doquier cientos de muertos y heridos. Así era bañada la tierra istmeña, en enconada lucha, con sangre de héroes.

En las playas de Farfán, en espera del vaporcito Gaitán que había de conducirnos a la Boca de la Caja, en horas de la mañana del día 24 de julio, sentimos como ecos lejanos de un tabletear de ametralladoras, el retumbar de cañones y hasta descargas de fusilería constante y al no cesar el ruido comprendimos que el ejército liberal había comenzado la lucha. A media noche el Gaitán nos recogió y al amanecer del 25 en el desembarco, soldados del gobierno que se habían apostado para esperarnos en los muelles americano e inglés nos tirotearon por lo que tuvimos que correr a escondernos en los manglares como único refugio en esos lugares. Fue entonces ordenada la marcha hacia las posiciones de Perejil, para si fuese necesario, reemplazar a los diezmados batallones que aún permanecían en



General Manuel Quintero Villarreal

Combate de Chame y el Puente de Calidonia

DOMINGO DE LA ROSA.

Chame.— Cordial recibimiento.— Doctores Belisario Porras y Carlos A. Mendoza.—Guillermo Andreve.— Emocionado encuentro con mi hermano Moisés de la Rosa.—General Emiliano J. Herrera.—Renuncia del Comando del «Ricardo Gaitán Obeso».—Nombramiento de Paulo Emilio Morales para ese puesto.—Bejuco.—Gerardino de León, Lubín Manrique, David H. Juliao.—Tirantes relaciones que debían ser cordiales.—Doctor Eusebio A. Morales.—General Salvador Toledo.—Pío Bolaños.— General Victoriano Lorenzo.—La Chorrera.—Comandante del batallón «Justo Arosemena».—Plan de ataque a la ciudad de Panamá.—Instrucciones.—Imprudencia de los Jefes de los batallones «Luis A. Robles» y «César Conto».—Teófilo Pérez, espía del Gobierno.— Combate de Corozal.—Heridos.—Muertos.—Prisioneros.—Coronel Heliodoro Peláez.—Sargento Mayor Manuel Montoya, Teniente Juan N. Muñoz, Sub-tenientes Luis E. Molina y Alberto Roncallo.—Avance hacia «Perry's Hill».—Orden de permanecer en Corozal el batallón «Justo Arosemena», para cubrir la retaguardia del Ejército.—Amenazas de las fuerzas de Colón.—General Carlos M. Sarria, Coronel Pedro Sotomayor.—Voluntarios procedentes de Panamá.—Remigio Coll, Antonio Benítez (Toñito).—Visita al campamento de Corozal de los Generales Emiliano J. Herrera y José Antonio Ramírez Uribe.—Orden de levantar el campamento. Importante aviso de un sacerdote amigo.—Antonio B. Abello.— Ultimo abrazo de Temístocles Díaz.

El puerto de Chame, como el de casi todas las poblaciones del Istmo en las orillas del Pacífico, dista algunos kilómetros del poblado. Esa distancia se recorría fácilmente durante el verano, porque el terreno es plano, carreteable, y en su mayor parte, descampado; pero en el invierno, se formaban baches que, regularmente, no se les podría orillar por el caminante

a pie, como me aconteció cuando me dirigía a esa población en la cual funcionaba el Cuartel General de las Fuerzas Liberales de Panamá.

Me recibieron cordialmente, abriéndome sus brazos, mis distinguidos y viejos amigos doctores Belisario Porras y Carlos A. Mendoza. A poco, se nos unió mi hermano menor, Moisés de la Rosa que, colegial, se fué, sin yo saberlo, al campamento tan luego como salí para la campaña del Cauca, de donde regresaba. Dados estos antecedentes, la emoción que embargó nuestros ánimos en esos momentos, nos hizo enmudecer, y lo que no pudieron los labios balbucir siquiera, lo dijeron nuestros corazones en el más efusivo abrazo. Tenía el grado de Teniente-Ayudante del Cuartel General, que lo había obtenido por ascenso, en vista de su conducta valerosa en la batalla de “Bejuco” (La Negra Vieja), como así lo decía la Orden General de ese Ejército, recientemente expedida, en la cual se decretaron otros merecidos ascensos. Modesto como lo es él, habría deseado, estoy seguro de ello, que hubiera guardado silencio al respecto; pero la justicia tiene sus fueros y no por los caros, sagrados lazos que nos unen, debo desconocerlos.

Horas más tarde llegó a Bejuco, donde tenía su despacho, el General Emiliano J. Herrera, Comandante en Jefe del Ejército, y, por el doctor Porras o el doctor Mendoza, fuí presentado a él. Era atrayente, de porte militar, blanco, casi rubio, joven y de trato amistoso. Aproveché esos momentos para solicitar que se me relevara del Comando del “Ricardo Gaitán Obeso” y se me destinara a prestar servicios en las fuerzas de tierra, porque deseaba luchar, ya que no a la cabeza del batallón que había compartido conmigo las penalidades de la campaña del Cauca, y cuyo comando, por circunstancias especiales, de que se da cuanta atrás, resignadamente, entregué al Coronel Temístocles Díaz, al menos, al lado de esos leales camaradas, que venían a combatir por la causa, hombro a hombro, con las huestes panameñas, entre las cuales deseaba contarme. Hice con tal seriedad mi respetuosa petición, que tuve la suerte de que fuera acogida favorablemente. Se nombró para reemplazarme en ese puesto, a Paulo Emilio Morales, que tenía los cargos de Comisario y Proveedor General del Ejército y quién, desde que se posesionó del mando del “Gaitán”, de hecho, quedó nombrado Comandante de la Flotilla, con gran contento de su parte. Me incitó a dar ese paso, por otro lado, la presunción que abrigaba y que los hechos confirmaron a la postre, de que a la flotilla no le tocaría desempeñar otro papel que el de servir para transportar de Chame a La Chorrera, y de allí a “La Boca”, las tropas escogidas para ir a atacar a Panamá por ese punto, porque la cañonera “Boyacá”, del Gobierno, estaba a la sazón, en

las aguas del Cauca y no había otro buque enemigo en la bahía de esa ciudad, para enfrentársele.

Ese mismo día, tuve el placer de saludar a muchos viejos amigos y relacionarme con varios copartidarios que prestaban sus servicios como Jefes y Oficiales. Entre los primeros, y lamento no poder citarlos a todos, recuerdo a Genaro y Juan Antonio Mendoza, Carlos Clément, Juan B. Sosa, Damián Escala, Alfredo y Manuel Patiño, Ignacio Quinzada, Samuel Rostrup, Edmundo y Dámaso Botello, Abelardo Tapia, Pedro Antonio Maitín, Agosto Aizpuro, Juan Lombardo, Luis Olibardia, Tomás Avecilla, Fabio Tejada, J. A. Cajar, doctor Julio Icaza, Luis García Fábrega, César Fernández, Rafael Neira. Entre los segundos, a Lubín Manrique, que, todavía no estaba repuesto de las heridas que recibió en la batalla de la “La Negra Vieja”, Roberto Cano, Miguel Hoyos, Víctor Bellido, Juan Goitía, Guillermo Ruiz, Nicolás Alvarado, José Hilario Hoyos (Chiriguaco) y Manuel Quintero V. Al día siguiente, fui a visitar el campamento de “Bejuco” y allí también encontré viejos amigos y a otros servidores de la causa con los cuales trabé amistad: Los unos fueron, hasta donde alcanza mi memoria: Luis Muñoz, Alejandro Ardila y doctor Ezequiel Abadía. Los otros David H. Julio, que aún cojeaba de una herida sufrida en la misma batalla, Luis Urueta, Luis Salamanca, también herido en el citado hecho de armas, Francisco Valle, Ricardo Nicholson, Ezequiel Vásquez, y el **Negro Montes**, a quien deleitaba oír cantar, porque tenía voz de tenor, muy bien timbrada.

Antes de abandonar las costas del Cauca, se supo allá que existían ciertas desavenencias entre el Jefe Supremo del Ejército Liberal del Istmo, doctor Belisario Porras y el Comandante en Jefe de las tropas del mismo, General Emiliano J. Herrera, pero no llegué a suponer que fuera tan hondo y acentuado su mal entendimiento, como de ello me convencí al llegar a Chame y lo podía advertir el ánimo más desprevenido al respecto. Deliberadamente, me abstuve de averiguar las causas que motivaban esa deplorable situación, cuyos perniciosos efectos, consecuentemente, acabaron con la unidad de mando que, indispensablemente debía reinar en ese, como en todo ejército, para no arriesgar el triunfo de la campaña; mas por los comentarios que oía entre los adictos al uno y al otro Jefes, pues la escisión en las filas era manifiesta, pude barruntar que había rivalidad por parte del segundo contra el primero. En todo caso, era lamentable que sus relaciones fueran tirantes, cuando, en cambio, debían ser cordiales, como lo exigían los sagrados intereses de la causa que defendíamos. Empero, con la llegada de las armas y municiones de que fuimos portadores, que inmediatamente se distribuyeron, mejoró un tanto la tirante situación, pues

debidamente pertrechado, comenzó a avanzar el Ejército que, por falta de esos importantes elementos, había estado paralizado largo tiempo, circunstancia que tal vez contribuía a mantener aquellos actos de indisciplina, porque, como es un hecho averiguado en milicia, la inacción es capaz también para engendrarlas.

Andando así las cosas, regresó del exterior, donde había ido en su carácter de Secretario de Hacienda de la Jefatura Civil y Militar, a desempeñar una importante comisión, el doctor Eusebio A. Morales, a quien me unían lazos de íntima amistad, nacida al calor de las aulas del colegio y cultivada después con cariño, hasta cuando, traidoramente, arrebató la muerte su valiosa vida. Nuestro encuentro fué fraternal, pues los vínculos de esa naturaleza, arraigan hondamente en el alma. Trajo consigo, unos trescientos rifles, con suficiente parque. Lo acompañaban, entre otros el General Salvador Toledo, Pío Bolaños y Guillermo Andreve, de gratos recuerdos.

Ese armamento no se pudo acarrear tan pronto como fué desembarcado, porque quedó muy distante de la población, en el puerto de San Carlos, y escaseaba el personal para hacerlo, debido a la movilización de las tropas, motivo por el cual el doctor Porras, solicitó de Victoriano Lorenzo, Gobernador de los indios de “La Trinidad” y sus contornos, por medio de comisionados, su concurso para el transporte del mismo, al campamento. Victoriano correspondió a esa solicitud y a la cabeza de un grupo de indígenas de su tribu, fué por dichas armas y con ellas a cuestas, siguieron en pos del Ejército, dejando algunas en La Chorrera. Con las restantes, alcanzaron a acercarse hasta la línea férrea, pero por causas que sería largo especificar, se volvieron a sus montañas. Así fué como comenzó la actuación militar de ese, más tarde, importante factor de “la guerra de los mil días”, en las campañas del Istmo, y cuya trágica muerte enlutó la bandera liberal...

En la Chorrera, se me nombró Jefe del batallón “Justo Arosemena”, con el grado de Coronel. Venía comandando ese cuerpo el Coronel Carlos Jaramillo, que desde ese momento, pasó a formar parte de los Jefes y Oficiales que componían el Estado Mayor del Comandante en Jefe del Ejército.

En esa misma población, se elaboró el plan de asalto a la ciudad de Panamá. De acuerdo con sus estipulaciones, el General Emiliano J. Herrera, por tierra, al mando de los batallones “Luis A. Robles”, “César Conto”, “Rafael Uribe Uribe”, “Libres de Chiriquí”, “Azuelo”, “Justo Arosemena” y los escuadrones “Libres de Colombia” y “Patria”, debían avanzar por la vía del “Arraiján”, “Cocolí”, Miraflores y Corozal, hasta “Perry’s Hill”,

donde se les juntaría el General José Antonio Ramírez Uribe, que había entrado por Chepo, con el batallón “Mosquera”, caucano, o sea el mismo que, a última hora, se le dió el nombre de “Cazadores del Pindo”, tal vez en recuerdo de la isla de ese nombre, desde la cual se libraron los combates de que atrás se hace mención; y el doctor Belisario Porras, en la flotilla, con los Generales Simón Chaux, José Cicerón Castillo y los batallones “Mateo Iturralde”, “Gil Colunje” y “Panamá”, seguiría por “Farfán” y de allí, previo aviso convenido, saltaría de noche, a las playas de “La Boca”, “San Lázaro”, “Puntamala” y “Gavilán”, con el fin de subir al cerro “Ancón” y asaltar a la ciudad, a la mañana siguiente.

Si no ando mal de recuerdos, los batallones que debían seguir por tierra, desfilaron así: el 18 de julio de 1900, el “Luis A. Robles”, el “César Conto”, y el Rafael Uribe Uribe”, comandados en su orden por el Coronel Luis Salamanca, Teniente-Coronel Roberto Cano y Coronel Roberto Nicholson. El siguiente día, los escuadrones “Patria” y “Libres de Colombia”, mandados, el primero, no recuerdo por quién, y el segundo, por el Sargento Mayor David H. Juliao, y los batallones “Azüero”, “Libres de Chiriquí” y “Justo Arosemena”, al que le tocó la retaguardia, al mando respectivamente, de los Coroneles Genaro Mendoza, Manuel Quintero V. y yo. Cerró la marcha en ese mismo día, acompañado de su Estado Mayor, el General Emiliano J. Herrera, quien antes de ausentarnos de La Chorrera, nos instruyó a los Jefes de esos batallones, en el sentido de que hiciéramos alto en Miraflores, a medida que fuéramos llegando, para continuar la marcha en columna. Los batallones que debían seguir por agua, en la flotilla, o sean el “Gil Colunje”, el “Panamá” y el “Mateo Iturralde”, cuyos Jefes, si no recuerdo mal, eran los Coroneles Nicolás Tejada, Ezequiel Vásquez y Manuel Vásquez F. en su orden, quedaron en La Chorrera, junto con el doctor Porras y los Generales Simón Chaux y José Cicerón Castillo, y el Coronel Rogelio Agüero.

En el trayecto de La Chorrera al Arraiján, nos alcanzaron y se nos adelantaron, el General Herrera y sus Ayudantes. El camino estaba casi intransitable, a causa del fuerte invierno que reinaba. Las acémilas en su mayor parte, estaban escuálidas, de consiguiente andaban a pasos contados y de trecho en trecho, muchas bestias se atascaban o caían en los barrizales, sin poder levantarse, agobiadas por el peso de la carga. Llegó un momento en que, para dar un ejemplo que fué imitado por los Oficiales de mando, tuve que ceder mi caballo, para poner en sus lomos cajas de parque, que ayudé a cargar. En suma, fué tan pesada la jornada que, apenas al anochecer, llegamos jadeantes, mojados por la lluvia y deseosos de tomar algún

alimento, al Arraiján, donde encontramos instalados a los citados General y Ayudantes. No encontramos buen albergue, pero calmamos el apetito con carne salada asada, bollos de maíz y café tinto, que nos supieron a gloria.

A eso de las nueve de la mañana del día siguiente, o sea el veinte, reanudamos la marcha, dejando en el poblado al General Emiliano J. Herrera y los suyos que, como la vez anterior, se nos adelantaron antes o después, no lo puedo precisar, de arribar a «Cocolí». Dormimos en la noche de ese día a campo raso, habiendo tomado por todo alimento, el mismo **menú** anterior, pero sin el café. Mañanearnos, y a las primeras horas del día, llegamos a Miraflores, donde con gran sorpresa no encontramos a los batallones que nos habían precedido en la marcha, con los cuales, de acuerdo con la orden que teníamos, debíamos reunirnos para seguir, en columna por Corozal a «Perry's Hill».

De paso anotaré, por su rareza, este incidente, que más tarde se repitió: En los momentos que acabábamos de cruzar un arroyuelo inmediato a esa población, ví a uno de los Oficiales de mi batallón, acurrucado y con contorsiones, indicativas de que padecía aguda dolencia. Preguntéle qué le pasaba y me respondió que, repentinamente, le había atacado un fuerte cólico. Como debíamos precipitar la marcha, porque se oía el eco de lejanas descargas de fusilería, le dije: «Tan pronto como se sienta mejor y pueda caminar, síganos e incorpórese al batallón», como lo hizo. No recuerdo su nombre. Lo había conocido trabajando, como herrero, en los talleres del Ferrocarril de Panamá. Era de mediana edad, robusto y valeroso, como lo demostró después.

La ausencia de nuestras tropas compañeras, fué originada por una imprudencia cometida por los Jefes de los batallones «Luis A. Robles» y «César Conto», que fueron los primeros que llegaron a Miraflores. Sucedió que, contrariando la consigna recibida, —falta explicable en Jefes Militares vencedores y novicios, como lo éramos la mayor parte de los que por allí andábamos— resolvieron, por sí y ante sí, ir a acampar a Corozal. Pero héte aquí, que venía figurando como Capitán supernumerario del batallón «Conto», un tal Teófilo Pérez, entiendo que jugador de profesión. Dicho sujeto tenía estos antecedentes: Se había presentado al campamento, después del combate de «Bejuco», dándose las de liberal, pero tras él llegaron comunicaciones de los amigos de la ciudad de Panamá, denunciándolo como espía del Gobierno. Con tal motivo, se dispuso tomar las medidas que esos casos requieren; mas intervino en su favor el Comandante Roberto Cano, Jefe del citado batallón, alegando que él lo conocía desde Centro América, donde habían hecho amistad y vivido juntos largo tiempo, por lo cual sabía

que era liberal; y que, como prueba de la confianza que le tenía, solicitaba que se le destinara al cuerpo de su mando, en calidad de Capitán ayudante, es decir, sin mando directo en la tropa, petición a la cual se accedió, por venir de un Jefe que, por su entusiasmo liberal, eficaz y valerosa actuación en los combates, merecía ser atendido. Recuerdo perfectamente, que el día que desembarqué del «Gaitán» y me dirigía a Chame, por primera vez, juntos los encontré en el camino y como no nos conocíamos, Cano se me dió a conocer y me presentó al tal Pérez porque, casi siempre andaban unidos. Tan pronto como el espía Perez, tuvo conocimiento de la inconsulta determinación de los citados Jefes, tomó uno de los trenes que pasaban para ir a la ciudad de Panamá, a darle cuenta de lo que estaba sucediendo al General Carlos Albán, Comandante en Jefe del Ejército contrario. Impuesto éste de que nuestras tropas estaban desunidas, sin pérdida de tiempo, movió tres de sus batallones hacia Corozal, los cuales dirigidos personalmente por él, atacaron por retaguardia, a los nuestros, en las primeras horas del día veintiuno de julio de mil novecientos. Sobre este particular, salvo la omisión del nombre del delator, coincide lo que digo con lo que se lee en el «Parte detallado de los Combates Librados con Panamá, del 21 al 26 de julio de 1900», rendido al General Carlos Albán por el General Víctor Manuel Salazar:

«A las 11 de la noche del 20, informado vos de que una parte de las «fuerzas revolucionarias había acampado en Corozal, estación de la línea «del Ferrocarril, poco distante de nuestro campamento, ordenásteis marchar «sobre ella para sorprenderla por asalto al amanecer. El movimiento se «ejecutó sin demora y a las cuatro y media de la mañana del 21 se dejó oír «el primer disparo de una avanzada enemiga sobre uno de nuestros guías. «Inmediatamente resolvísteis.....»

Como queda dicho, el «Robles» y el «Conto», no aguardaron en Miraflores a los demás batallones que los seguían. Los demás que, incluso nuestros escuadrones y el General Herrera, llegaron con posterioridad a esa población, creo – pues no sé con certeza lo que ocurriese – pernoctaron allí, y sea así o porque determinaron unirse a aquellos al apuntar el día, o porque oyeran lejanas detonaciones, llegaron a Corozal en los precisos momento en que los nuestros necesitaban ser protegidos, pues estaban casi arrollados por los contrarios. En efecto, atacaron a éstos por retaguardia, con tal brío y eficacia, que pocas horas después de su oportuna intervención en ese combate al enemigo, tomado a dos fuegos, fué vencido. A todas estas, forzando, la marcha, llegue con el «Justo Arosemena», al teatro de los acontecimientos, cuando finalizaba la lucha. Tomamos muchos prisioneros, entre Jefes, Oficiales y tropa. De los primeros recuerdo al

entonces Coronel Heliodoro Peláez, al Sargento Mayor Manuel Montoya; de los segundos, al Teniente Juan N. Muñoz, y a dos Sub-tenientes, mozalbetes aún, ambos imberbes, de complexión, en apariencia débil y como de veinte años de edad cuando más, a los cuales les inquirí sus nombres, porque me llamaron mucho la atención por esa circunstancia. El primero me contestó: «Me llamo Luis E. Molina, soy antioqueño y muy de malas, porque no es la primera vez que caigo prisionero»; el otro, me dijo: «Mi nombre es Alberto Roncallo». Al oír su apellido que es el de una familia amiga mía, coterránea, lo interrumpí: «¿De dónde es usted? ¿Quién es su padre?» me respondió: «Soy de Barranquilla, y mi padre es don Pablo Roncallo». Lo atraje hacia mi cariñosamente y tanto a él como a su compañero, les prodigué las atenciones que pude. Hubo muchos muertos y heridos de ambas partes. En cuanto a los nuestros, tuvimos que lamentar la muerte del inteligente y campechano camarada Eugenio Porras, entre otros, cuyos nombres desearía tener presentes; y la herida que recibió el distinguido jurisconsulto y nombre amigo, doctor Temístocles Rengifo V., en el antebrazo derecho, herida que se creyó de poca importancia, porque le permitía mover sin mayor molestia el brazo, pero que, dió por resultado que, a medida que iban pasando los días, se le encogieran los dedos de la mano correspondiente, que al fin le quedó inútil de por vida, porque nunca jamás recobró la soltura natural.

Muy pocos fueron los enemigos que lograron escapar con el General Carlos Albán, y la entrada de ellos a la ciudad de Panamá, fué desairada; causó pánico sin precedentes en el campo gobiernista, como se verá adelante, y despertó gran entusiasmo en el liberalismo, pues tirios y troyanos aguardaban, de un momento a otro, nuestra entrada triunfal a la capital del Istmo. ¿Por qué no se persiguió a los fugitivos?..... Ese máximo error, pronto lo pagamos bien caro!.....

En la tarde de ese mismo día, avanzaron hacia «Perry's Hill» todas nuestras fuerzas, con excepción del batallón a mi mando, pues el General Emilio J. Herrera, me confió la retaguardia del Ejército, que estaba amenazado por las fuerzas gobiernistas de Colón, comandadas por el General Carlos M. Sarria y el Coronel Pedro Sotomayor. Penetrado de la gran responsabilidad que entrañaba la confianza depositada en mí, sin un momento de reposo me dí a la tarea de tomar medidas para resguardar mi campamento de un asalto por sorpresa: Situé estratégicas avanzadas y establecí un servicio de información encadenado, que hora por hora, debía comunicarme los datos que se obtuvieran acerca de los movimientos del enemigo, que forzosamente tenía que tomar el tren y desembarcar en una

de las estaciones próximas para acercarse a nosotros, a pié, por la línea férrea. Así supe que había llegado a Emperador, en el último tren del día 22.

Como era de suponer que tratara de atacarnos en las horas de la noche, dí orden de que se ocuparan las posiciones que se habían escogido para repeler el posible asalto. Desde el atardecer comenzo a lloviznar, sin cesar en toda la noche, la que se presentó muy oscura pero no para que todos estuviéramos en nuestros puestos, muy alertas. Transcurrieron sin ninguna novedad, las primeras horas. Esa circunstancia, lejos de tranquilizarnos, obligó a redoblar la vigilancia, pues era de conjeturar que se romperían los fuegos a la salida de la luna. Apareció ésta horas después, y no se tuvo señal de su presencia. Entónces pensamos que se efectuaría el ataque al amanecer, lo que tampoco ocurrió.

Mis informantes me comunicaron que las tropas gobiernistas habían avanzado hasta Culebra, pero que luego regresaron a Emperador, motivo por el cual determiné dar un descanso a mis soldados que tan mala noche habían pasado, sin retirar, por supuesto, las avanzadas que sólo fueron relevadas.

A todo esto, por pelotones, acudían al campamentos copartidarios venidos de la ciudad de Panamá, para ingresar a nuestras filas. Entré ellos apenas recuerdo por sus nombres, a Remigio Coll, quien movido únicamente por la sincera, firme amistad que nos prodigaba a Temístocles Díaz y a mí, pues jamás terciaba en la política, me dijo al darme un abrazo: «Donde quiera que estén tú y Temístocles, estaré yo al lado de ustedes para acompañarlos en cualquier peligro»; y un jovencito, — era un niño de pocos años— Antonio Benítez «Toñito», el popular «Toñito», — simpático y servicial cachifo, cuya vivacidad y alegría de carácter le atraían el cariño de todos.— Contra su voluntad, pues puso empeño en que lo enrolaran en la tropa, no lo complací, porque me pareció inhumano hacerlo; sin embargo, en la noche del 22 al 23, se escabulló y la pasó en una de las avanzadas. Cuando lo reprendí por su escapada, cuadrándose, risueño, me dijo: «Yo soy liberal y he venido a pelear por mi partido». Adelante se verá, cómo su muerte, si heroica en un hombre, tratándose de un niño como lo era él, fué muy triste.

Formé una compañía con los amigos acabados de llegar y para armarlos me sirvieron los rifles tomados a los vencidos. No recuerdo a quién dí mando de esa compañía, pero si que a Remigio Coll, lo nombré Teniente de la misma.

Como a las cuatro de la tarde del día 23, fuí sorprendido con la presencia de los Generales Emiliano J. Herrera y José Antonio Ramírez Uribe. Este

me abrazó cordialmente, a tiempo que me informaba que tras un viaje muy cansado, por las dificultades del camino a causa del invierno, acababa de llegar con Temístocles, a «Perry's Hill», y que había aprovechado la visita que venía a hacerme a mi campamento el General Herrera, para saludarme. Le dí a éste el parte de ordenanza; y en seguida me ordenó él que tan pronto como pasara el último tren que viniera de Colón, levantara el campamento y fuera a incorporarme al grueso del Ejército, añadiendo que ya estaba acordado el plan de ataque a la ciudad de Panamá y que en él se me había señalad^o un punto importante. «¿Cuál?», le pregunté. «Pasar por debajo del puente de Calidonia», respondió. «¿Y los otros cuerpos, por dónde atacarán?», me aventuré a inquirirle. Satisfizo mi pregunta, y me atreví a decirle: «General: Por esos puntos no se puede pasar, aludiendo a los adyacentes al puente citado, porque son pantanosos y están cubiertos de manglares muy intrincados. Se puede flanquear al enemigo por los terrenos de Bella Vista, que dan acceso a la playa». «Cuando usted llegue a «Perry's Hill», hágase anunciar para que hablemos», me dijo y en seguida se ausentó con el General Ramírez Uribe.

Cumpliendo las órdenes recibidas, inmediatamente que el tren que venía de Colón abandonó la estación, ordené a mi corneta de órdenes, que diera el primer toque de marcha. Parado, en la plataforma del último carro de pasajeros, venía un sacerdote amigo, que ocupaba alta posición en el Obispado de la Diócesis de Panamá el cual al cruzar el tren por frente al lugar —un poco retirado de la estación en que me encontraba, mostrándomelo primero, dejó caer un papel que recogí en seguida. Por medio de esa comunicación me informaba que las fuerzas que comandaban el General Sarria y el Coronel Sotomayor, estaban, si mal no recuerdo, en la estación de Matachín. No podía ser más satisfactoria esa importante noticia, cuya veracidad era ajena a toda sospecha, dado su respetable origen, pues ella evidenciaba que el enemigo había recogido sus pasos, lo que nos era favorable. A poco, seguido de un soldado que portaba unos atados, se me acercó un Oficial y me manifestó que uno de los empleados del tren que acababa de pasar, le había entregado, de parte de don Antonio B. Abello, de Colón, para que los pusiera en mis manos, los bultos que traía el soldado. Abiertos éstos, se encontró que contenían: Un jamón, muchas cajas de sardinas y dos latas de galletas de soda, ayuda culinaria que nos venía muy bien pues en ese día se nos habían agotado los víveres, a tal punto, que por todo alimento, habíamos tomado una especie de sancocho, es decir, una lechona cocida sin sal y sin más vitualla que unas mazorcas de maíz tierno. Sin embargo, no pudimos hacer uso inmediato de esas provisiones, porque

se estaban adelantando, con premura, los preparativos para avanzar al campamento general, a donde llegamos a las ocho de la noche, más o menos, fatigados a causa de los lodazales del camino y humedecidos por la llovizna que no cayó en el trayecto. Hice acampar el batallón, como lo estaban los demás, a la falda del cerro denominado «Perry's Hill», cuyo nombre se escribe y se pronuncia en inglés, porque le es propio. Sin más demora, solicité que se le avisara al General Emiliano J. Herrera, de mi parte, que estaba a sus órdenes. «Está durmiendo y ha dado la orden de que no se interrumpa su sueño», se me contestó. Ante esa respuesta, encaminéme a saludar a Temístocles Díaz. Nos abrazamos estrechamente; me contó las peripecias de su viaje desde el río Bayano hasta el lugar donde nos encontramos, y, de repente, me preguntó: «¿Tú has comido?» «No», le contesté. «Yo tampoco», repuso, y juntos, es decir, tomando él un sorbo y yo otro, bebimos un poco de café tinto, que estaba contenido en una taza de loza ordinaria, de las llamadas comunmente, **calderas**. Ese fué nuestro último abrazo!.....

XV

Combate del Puente de Calidonia.—Breves consideraciones.—Situación que se atravesaba después de los combates de «La Negra Vieja» y «Corozal».—Generales José María Campo Serrano, Belisario Losada y José Miguel Guerrero G.—Intimación de rendición.—Contestación del General Carlos Albán.—Levantada actitud del General Víctor M. Salazar.—Solicitudes del General Emiliano J. Herrera.—Doctor Temístocles Rengifo V., General Simón Chaux, Coronel Ricardo Gómez.—Negativa del doctor Belisario Porras.—Imprudencias del Coronel Paulo Emilio Morales.—Inexplicables y desastrosas maniobras ordenadas por el General José Cicerón Castillo.—Envío de los batallones «Mateo Iturralde» y «Gil Colunje».—Conferencia con el General Emiliano J. Herrera.—Bellavista.—Instrucciones.—Desayuno del batallón «Justo Arosemena».—Avance hacia «Peña Prieta».—Repetición del incidente cercano a Miraflores.—Inesperado encuentro con una avanzada del enemigo.—Captura de un corneta enemigo con divisa roja.—Petición de Diego Miranda, corneta de órdenes del batallón «Justo Arosemena».—Se rompen los fuegos.—Primer muerto.—Nerviosidad de un Sargento.—Herida del autor de estos apuntes.—Coronel Ricardo Nicholson.—Remigio Coll.—Capitán Mariano Lemos.—Muerte de Diego Miranda.—Muerte de Antonio Gallardo, abanderado del «Justo Arosemena».—Heridas y muerte de Antonio Benítez (Toñito).—Capitanes Samuel Solís e Israel Vásquez Yepes.—Teniente Carlos J. Martínez,

Benjamín Quintero A.—Mi relevo del campo de batalla.—Dolorosa noticia de la muerte del Coronel Temístocles Díaz.—General José Antonio Ramírez Uribe.—Capitán.... Romero. «Cangrejo».—Detalles combate.—Muertos.—Heridos.—Don Joaquín Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Ricardo Gómez, Fabio Tejada, Rogelio Agüero, Samuel Rostrup, Samuel Ruiz, Simón Chaur, José Antonio Ramírez Uribe, Ezequiel Vásquez, Manuel Patiño, Luis García Fábrega, Agosto Aizpuru.—General Salvador Toledo.—Ambulancia.—Sargento Mayor Plinio Oliveros.— «Bermejál».—Vapor «Ricardo Gaitán Obeso».—Fugitivos a Tumaco.—Noticias de la capitulación y de las principales condiciones de la misma.— Un ejército sitiador que capitula.—Solicitud de pasaporte.—Excitaciones del General Carlos Albán.—Embarque para Guayaquil.

Para que se puedan apreciar, con algún fundamento, los acontecimientos en que paso a ocuparme, baste relatar, a la ligera, la situación que se atravesaba después de la derrota sufrida por las fuerzas contrarias en el combate de «La Negra Vieja», ocurrido el 8 de junio de 1900, y del desconcierto que se apoderó de los Jefes Militares y Civiles gobiernistas, a raíz del encuentro armado de Corozal, el 21 de julio siguiente, en el cual también salieron vencedores nuestras huestes.

El General José María Campo Serrano, Gobernador del Departamento de Panamá, investido a la vez, con el carácter de Jefe Civil y Militar, pensando, probablemente, que sería arriesgadísimo confiar a los batallones mermados por el combate del 8 de junio en cita, la defensa de una ciudad de la importancia de la capital del Istmo de Panamá, la cual, según autorizado concepto de un eminente pensador colombiano, era, estratégicamente considerada, la llave de la República, encargó de su puesto a su Secretario, General Carlos Albán; y, angustiosamente, salió en busca de más tropas para reforzarla. Motivos insuperables, de que se da cuenta atrás, impidieron a los vencedores aprovechar la ventajosa situación que les creó ese combate. Remediados esos acontecimientos, con la ayuda que trajimos del Cauca, sobrevino la lucha armada del 21 de julio que despejó, por así decirlo, la entrada a la ciudad, desde luego que, la mayoría de la plana mayor del conservatismo, y, lo que es más, la de los Jefes Superiores encargados de la defensa de la plaza, se apresuraron a abandonar sus puestos y se refugiaron en las naves mercantes surtas en las aguas de la isla del «Flamenco». Confirman estas graves informaciones, las siguientes palabras consignadas por el General Víctor M. Salazar, en el «Parte Detallado», citado atrás, que le rindió al General Carlos Albán:

«Amenicimos el 22. El sol de ese día nos encontró a todos listo en «nuestra línea de batalla, pero nos permitió apreciar acá dentro de la ciudad «una situación bien poco tranquilizadora para nosotros. Por un «acontecimiento inesperado, que deploro profundamente, en aquella mañana «sólo quedábamos en la plaza como Jefes, con el grado de Generales, vos y «yo. En el centro había alarma, pánico..... Pocos instantes después me «hiciste saber, que conducto de vuestro secretario, el señor Adolfo Alemán, «que me investíais de las facultades necesarias para mandar todas las fuerzas «que había en la ciudad y para preparar y dirigir las operaciones militares «de la línea».

Aunque era del dominio público, que los Jefes de cuya ausencia se quejaba el General Salazar, fueron los Generales Belisario Losada y José Miguel Guerrero G., prefirió, como se ve, callar sus nombres, para que no resaltara ante la censurable conducta de aquéllos, la levantada actitud asumida por él ese mismo día, la cual revelaré en estas líneas, como un deber de justicia.

Entiendo que el General Víctor Manuel Salazar, no ocupaba ningún puesto en el Ejército contrario, antes de que se desarrollaran esos acontecimientos; y que, su presencia en la ciudad, obedecía al desempeño de actividades oficiales de otra naturaleza, a juzgar por las versiones que circulaban en esos días, con motivo de su enérgica intervención para levantar, como levantó, el ánimo de sus correligionarios que tan decaído lo tenían, versiones a las cuales parece que le da fuerza el primer párrafo del «Parte Detallado», referido, que dice:

«Dadas las atribuciones de que fuí investido por vos durante los sucesos «militares que se han cumplido en esta ciudad y sus alrededores, del 21 al «26 del presente mes, me considero obligado hoy a rendiros el parte «detallado de estos acontecimientos de armas.....»

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el día 22, es decir, cuando acababan de abandonar sus puestos los Jefes Militares de la plaza, y el General Carlos Albán, en medio del caos que lo rodeaba, decía en respuesta a la intimación de rendición incondicional de la ciudad: «No es imposible un arreglo en condiciones honrosas», espontáneamente, según el decir popular aludido, se presentó él, el General Salazar, al palacio de Gobierno, y lleno de indignación calificó en los más duros términos, la conducta de los fugitivos, y propuso al General Carlos Albán, la defensa a **outrance** de la plaza, que en seguida él mismo organizó. El incidente, con reserva de los detalles que corrían de boca en boca, en la ciudad de Panamá, pero que su

caballerosidad le vedaba consignarlos en un documento dirigido a su superior jerárquico, lo refiere él así:

«A las 12 de ese día —el 22— fui invitado por voz a una reunión al «Palacio de Gobierno; e impuesto de las condiciones del enemigo, e instado «por vos para que expusiera mi concepto, os dije: «Señor General: «Considero que la entrega de la plaza sería la protocolización de nuestra «honra (sic). Nuestra fuerza, aunque muy inferior en número al enemigo, «es valerosa y probada. La línea de batalla que hemos escogido, es «magnífica. Hagamos un esfuerzo, luchemos y perezamos llegado el caso, «pero salvemos ante todo el honor del Ejército Nacional.....»

Por otra parte, el General Emiliano J. Herrera, cometió, uno tras otro, dos grandes, inexplicables y fatales desaciertos. Primero: No haber perseguido a los fugitivos del combate del 21, o sea el de Corozal, entre los cuales iba el General Carlos Albán, cuya entrada a la ciudad fué la causa del **alarma** y del **pánico** de que da cuenta el General Salazar en su párrafo citado, y, de que, virtualmente, las puertas de la ciudad quedaran abiertas. Imperdonable error, que la sagacidad y la actividad del General Salazar supieron aprovechar para conjurar el peligro que entrañaba la toma de la plaza, porque es indudable que, triunfantes nuestras armas en el combate que se avecinaba, la faz de la guerra habría cambiado radicalmente, a nuestro favor, lo que habría implicado positiva amenaza para la vida misma del Gobierno, si es acertado el juicio del notable pensador referido que, ampliado, se transcribe, pero que fué expresado por él en esta lacónica frase: «Panamá es la llave».

Segundo: Haber desperdiciado los dos días siguientes, en el ir y venir, de la exigencia y respuesta referentes a la entrega incondicional de la ciudad, que habría podido tomarla el día anterior, con sólo haberlo intentado es decir, siguiendo de cerca los pasos del Jefe contrario, que a su vista se escapaba para buscar cercano abrigo, o sea a dos millas de distancia, inconducente medida aquella, que provocó, como consecuencia natural, la negativa del General Albán, débil si se quiere, pues al final de ella, escrita de su puño y letra, constaban las susodichas palabras: «No es imposible un arreglo en condiciones honrosas», prueba inequívoca, de que apesar de la tregua que le causó esa tardía petición, su posición era casi insostenible. Lástima grande, que tampoco se hubiera tendido el puente que esas palabras insinuaban!

Había sido acordado, de antemano, que los batallones «Gil Colunje», «Mateo Iturralde» y «Panamá», al mando directo del General José Cicerón Castillo y bajo la dirección del doctor Belisario Porras, asaltarían la plaza

de Panamá desde las faldas del cerro «Ancón», que la dominan, para efectuar lo cual debían tomar la flotilla en el puerto de «La Chorrera» y desembarcar, sigilosamente, por «La Boca», lugar que estaba desguarnecido; movilización que debería ejecutarse tan pronto como el General Emiliano J. Herrera avisara que había ocupado con los batallones «Luis A. Robles», «César Conto», «Rafael Uribe Uribe», «Azuelo», «Libres de Chiriquí», «Justo Arosemena» y los escuadrones «Patria» y «Libres de Colombia», más el caucano «Cazadores del Pindo», a «Perry's Hill», punto desde el cual le tocaría a él atacar. Esa combinación no se llevó a cabo, porque el General Herrera, en tanto que parlamentaba con el General Albán, inesperadamente, le solicitó al doctor Porras que le enviara, sin dilación, los batallones que debían maniobrar por el cerro «Ancón». La petición correspondiente, fué reforzada con una carta del doctor Temístocles Rengifo V., que éste suscribió a instancias del propio General Herrera, como luego se aclaró; documento de que fué portador el Coronel Carlos Jaramillo.

Rotundamente denegó el doctor Porras el envío de las tropas que se le pedían, y una vez que entregó al Coronel Jaramillo la nota contentiva de su negativa, siguió haciendo los preparativos para cumplir su cometido en la forma acordada; mas acontecieron dos incidentes que desbarataron ese propósito: El Coronel Paulo Emilio Morales, a bordo del «Ricardo Gaitán Obeso», cometió la imprudencia de abandonar, intempestivamente, su fondeadero, para ir a capturar una pequeña embarcación que cruzaba por esas aguas, operación que ejecutó con tal imprevisión, que la maniobra fué divisada desde el cuartel enemigo situado en las murallas de las Bóvedas de Panamá, dando por resultado que, cuando remolcaba su presa y regresaba a su punto de partida, los cañones del Gobierno dispararon contra el «Gaitán», pero sin causarle daño alguno.

Por su lado, el General José Cicerón Castillo, inconscientemente, pues no tiene explicación aceptable acto tan inusitado y fatal, ordenó en ese mismo día, sacar a maniobras los batallones que tenía a su mando, a la playa de «Farfán», o lo que es lo mismo, a la vista del enemigo, y no como quiera, sino gastando, sin tón ni són, las municiones en descargas al aire.

Esos desaciertos, alertaron al Gobierno. Consecuencialmente, desde ese día, «La Boca» que estaba indefensa, como se ha dicho, quedó debidamente guarnecida por tropas contrarias. Entretanto, el General Simón Chaux – que desde su llegada a Chame hizo buenas migas con el General Emiliano J. Herrera – y los Coroneles Ricardo Gómez y Paulo Emilio Morales, presionaban el ánimo del doctor Porras en el sentido de que

accediera a enviarle al General Herrera los batallones que éste le había solicitado con urgencia. Acorralado por estas causas, cedió el doctor Belisario Porras a las exigencias del General Emiliano J. Herrera, pues al mando del General Simón Chaux, embarcaron en la flotilla, en la noche del 23 al 24 de julio de 1900, y desembarcaron por «La Boca de la Caja», con rumbo al campamento de «Perry's Hill» los batallones «Mateo Iturralde» y «Gil Colunje». El «Panamá», que contaba pocas unidades, y era por lo mismo impotente para realizar por sí solo, el primitivo plan de asalto, tercamente despedazado, quedó en «Farfán» con el doctor Belisario Porras y sus secretarios doctores Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales.

Así las cosas, a las seis de la mañana del día 24 de julio de 1900, me hice presente ante el General Emiliano J. Herrera, para atender a la cita que me hizo en Corozal, ya que en la noche anterior no pude entrevistarme con él por los motivos que quedan explicados. Le informé, detalladamente, de los obstáculos que, en mi concepto, hacían impracticable el asalto al enemigo por los lados inmediatamente adyacentes al puente de «Calidonia», pero que, en cambio, sería fácil flanquearlo por nuestra ala izquierda, atravesando el potrero de «Bellavista», lindante con la playa de «Peña Prieta», desde donde se podía avanzar sin más tropiezo que el de la pleamar, inconveniente fácil de prevenir, porque ese fenómeno se repite, diariamente, regulado por leyes naturales. Me escuchó con atención, y seguramente, porqué la iniciación del combate que momentos después se iba a librar, no admitía espera alguna, se limitó a decirme, más o menos: «Puesto que usted conoce esa vía y asegura que ella ofrece facilidad para atacar al enemigo por ese lado, su batallón y el «Uribe Uribe», llevando el suyo la vanguardia, acometerán el asalto del caso». «¿Qué instrucciones llevo?», me permití preguntarle. «No romper los fuegos, sino después que oiga usted un cañonazo de nuestra artillería. Si antes se encontrare con el enemigo, nada tengo que decirle» me contestó.

Acto seguido, me reuní con mi tropa, a la que encontré desayunando con las sardinas, el jamón y las galletas de soda, que había recibido en Corozal la tarde anterior, enviados desde Colón por nuestro copartidario Antonio B. Avello. Ordené doblar la provisión de cápsulas, y, en formación, listos para la marcha, se nos unió el «Uribe Uribe» con el Coronel Ricardo Nicholson a la cabeza. Dí las órdenes de mando de rigor, y avanzamos cruzando por «Bellavista» hasta «Peña Prieta».

En ese lugar, existe un pequeño estero vadeable. Cuando me disponía a atravesarlo, con gran sorpresa, hallé en una de sus orillas, al mismo oficial que, cuatro días antes, había sido atacado cerca de Miraflores, por aguda

dolencia. Tenía los mismos síntomas: Contorsiones y daba quejidos. La circunstancia de que en ambas ocasiones le ocurriera ese malestar, cuando íbamos a entrar a combatir, me impresionó mal, y, mentalmente, lo acusé de cobardía, injusta suposición que, aún hoy, me mortifica recordar, porque él, pocas horas después, incorporado a su compañía, murió valerosamente, de dos balazos, cerca a las trincheras enemigas.

Marchábamos por un sendero inclinado, oculto por las malezas que limitaban la playa, para evitar ser descubiertos por los contrarios. Habíamos andado pocas cuerdas, cuando los soldados delanteros se encontraron de manos a boca con una avanzada o exploradores enemigos, los cuales al instante voltearon grupas y galoparon seguidos de una descarga que se les hizo, que alcanzó a herir en una mano al Teniente-Coronel Víctor Manuel Hernández, que iba entre ellos. Se logró tomar prisionero al corneta que los acompañaba, el cual llevaba un sombrero pajizo, ordinario, de grandes alas con la particularidad de que tenía una ancha divisa roja, debajo de la cual se encontró la correspondiente al batallón «Henao», gobiernista. Por él supimos que el General Víctor Manuel Salazar, era el Jefe que los guiaba. La corneta que portaba, era nueva y estaba adornada con cordones de lana roja y amarilla, con sus respectivas vistosas borlas. Diego Miranda, mi corneta de órdenes, me pidió que le cediera esa corneta. Lo complací, pero fueron cortas las horas que disfrutó de ese codiciado instrumento, pues a poco, perdió la vida de un balazo en el estómago, que lo hizo sufrir mucho durante el tiempo que duró su breve agonía.

Ni que decir hay, que desde ese momento comenzó el combate, el que fué sostenido por un rato por mi batallón y el «Uribe Uribe», pues aún no se habían roto los fuegos por el lado de «Calidonia». Eran las ocho de la mañana, más o menos. Todavía no habíamos salido a la playa, para desplegar la tropa cuando ocurrió la muerte de uno de mis soldados, de la cual me dí cuenta por este incidente: Otro soldado cuyo rifle se le **encascaró** y que carecía de baqueta para remover ese obstáculo, se acercó para darme cuenta de la novedad, mas como íbamos andando, tropezamos con el que había caído para siempre y al momento, le ordené que tomara el arma que estaba al lado del cadáver del infeliz camarada. Más adelante, un sargento perteneciente a la compañía que organicé en Corozal con los voluntarios que llegaron de la ciudad de Panamá, después del combate librado en aquél lugar que estaba peleando muy bien, vino hacia mí y repentinamente, me dijo: «Ya ve que no tengo miedo?». Y sin esperar respuesta, volvió a su puesto a disparar, pero, acto continuo regresó y repitió la misma frase. Alcancé a decirle: «¿Por qué me hace esa advertencia? Acaso le he

censurado? Siga disparando» Así lo hizo, sin volver a las andadas, lo que demuestra que sólo se trataba de una conmoción nerviosa.

Pasado este raro incidente, recibí un balazo en el brazo derecho, cerca de su juntura con el hombro, que me perforó el hueso húmero. Con el golpe del proyectil, resbalé y caí, visto lo cual por el Coronel Ricardo Nicholson que a corta distancia me seguía, dijo, dirigiéndose a los soldados que se nos interponían: «Cuidado; no pisen al Coronel de la Rosa». Enterado de sus palabras, incorporándome, repliqué: «Gracias, Nicholson; estoy vivo». Me levanté y cuando esto hacía, un Capitán del «Uribe Uribe», si no recuerdo mal, Mariano Lemos, me pidió que le cediera mi espada. «No, —le contesté— la puedo manejar con la mano izquierda» El coronel Nicholson, diligente, me anudó un pañuelo al cuello, que me sirvió para apoyar el brazo herido, que sangraba bastante. En estas, salíamos a la playa. Remigio Coll, que pasaba con su compañía; se dió cuenta de mi estado, y, mirándome de soslayo, sin detener su marcha, conmovido, exclamó: **Ya te fregaron.** Horas después, una bala le atravesaba a él una nalga.

Como mi herida no me impedía caminar, seguí al frente de mis soldados que, bajo el nutrido fuego de los contrarios, caían heridos o para no levantarse más, en su mayor parte. Entre los últimos, —ojalá pudiera recordarlos a todos para que la gratitud liberal los inscribiera en sus anales— se contaron Diego Miranda y Antonio Gallardo, corneta y abanderado, respectivamente, de mi batallón; el Teniente, protagonista de los incidentes de Miraflores y «Peña Prieta» y Antonio Benítez (Toñito), todos y cada uno de los cuales, a pecho descubierto, valerosamente, viviendo al partido liberal, murieron cerca de las trincheras enemigas, que ansiaban asaltar. «Toñito», herido gravemente fué recogido por los adversarios y bañado por las lágrimas de su desolada madre, expiró en sus brazos. Se distinguieron por su valor en esa cruentísima lucha, de ese sector de nuestro Ejército, el intrépido Capitan Samuel Solís que, más tarde, con el grado de Sargento Mayor, terminó gloriosamente su vida en la isla de «La Viciosa»; y los no menos esforzados Capitan Israel Vásquez Yepes y Teniente Carlos Julio Martínez, pertenecientes todos al batallón «Justo Arosemena» a mi mando. Una vez más, recurro a los conceptos del General Víctor Manuel Salazar, referentes a ese combate. Copio:

«A la madrugada del 24 divisé desde la playa de «El Trujillo» la flotilla «enemiga al ancla en Punta Paitilla, y penetré desde luego el alcance de las «operaciones ejecutadas por las fuerzas revolucionarias durante la noche. «Era que los dos batallones que no habían podido desembarcar por el puerto

«de «La Boca» en el combate del día anterior (?), habían resuelto trasladarse «por agua a las posiciones de «Perry's Hill» para reforzar allí al General «Herrera y hacernos un ataque más intenso y poderoso por el frente de «nuestras fortificaciones. Sin embargo, en el campamento enemigo no se «advertía movimiento ninguno y la creencia de que hubiera sido abandonado «por nuestros adversarios en aquella noche, empezaba a ser la expresión de «no pocos. En esa virtud y a fin de que desapareciése todo motivo de «perplejidad, resolví a las 7 de la mañana hacer personalmente una «exploración en el campo revolucionario, la cual practiqué en compañía «del Teniente-Coronel Víctor Manuel Hernández y de 30 tiradores del «batallón «Colombia» y del cuerpo de «Policía, a órdenes del sereno y «entusiasta Capitán Pedro A. Barreto. El resultado de esta exploración «superó, si se quiere, a nuestros deseos y a nuestro pensamiento. En ««Peña-Prieta» encontramos al enemigo que avanzaba sigilosamente sobre «nosotros al abrigo del manglar, y al momento regresamos a nuestro «campamento para esperarlo. Un cuarto de hora después (como a las ocho «y media a. m.) dos batallones adversarios se presentaron en la playa en «línea de tiradores, y al punto ordené romper los fuegos sobre ellos. Vos «que estabáis allí en aquella mañana, pudisteis apreciar la manera como se «inició esa escena sangrienta; el arrojo de nuestros contendores mereció, «realmente nuestra admiración, pero así como avanzaban sobre nosotros, «iban quedando tendidos en la playa y a la sombra del mangle, muertos «unos, heridos los demás.....»

Como a las doce m. de ese día, se presentó al lugar del combate el Coronel Benjamín Quintero A., Ayudante de la Comandancia en Jefe y me comunicó, de orden del General Emiliano J. Herrera, que a causa de la herida que había sufrido, se había dispuesto mi relevo y que me acercara a «Perry's Hill» donde éste se encontraba. Así lo hice, caminando lentamente, porque la sangre derramada me había debilitado un poco. Al llegar al lugar indicado, el General Herrera, después de prodigarme algunas frases amables, me indicó que fuera a reunirme con, el General José Antonio Ramírez Uribe que, herido también, había sido retirado de la lucha. Estaba presente en esos momento, mi hermano Moisés de la Rosa que, como se sabe, era igualmente Ayudante de la misma Comandancia. Nos abrazamos fraternalmente, y, en seguida, le pregunté «¿Qué sabes de Temístocles Díaz?» «Hace pocas horas hablé con él, me dijo. Enterado de que estabas herido, me inquirió si la cosa era de cuidado, y como le contestara que no, le alegró mucho la respuesta; mas, con dolor te comunico, que poco tiempo después murió, como lo era él, como un valiente». Sentí como si una mano invisible

me apretara el corazón, pues acababa de perder para siempre al compañero inseparable, al confidente leal y sincero, al amigo de todas las horas, cuya muerte, además, significaba para nuestro partido, la pérdida de lo que valen reunidos en uno de sus miembros, juventud, valor, talento, honor, clara comprensión de los ideales que lo entrañan y devoción para servirlo.

El lugar donde se hallaba el General Ramírez Uribe; era un cobertizo techado y forrado a medias, con hojas de lata, del cual se servían lavanderas para librarse de los rayos solares, durante sus faenas. «¡Hola, viejo!», exclamé al verlo. Risueño, replicó: «¿Me acaban de poner la otra charretera que me hacía falta»; señalándome la herida que tenía en un hombro y aludiendo a la que había recibido, de tiempo atrás, en el hombro opuesto. Hasta donde nos encontrábamos llegaban de vez en cuando balas motivo por el cual, me permití advertirle que sería tonto de nuestra parte, continuar allí exponiendo la vida sin necesidad, puesto que se nos había retirado del campo de batalla, en tanto que podíamos trasladarnos a la ambulancia, o sea al lugar denominado «Cangrejo», que estaba cercano. Encontré juicioso mi parecer. Partimos por entre un potrero, para acortar la distancia que teníamos que recorrer. En el camino nos cayó un fuerte aguacero. Nos cubrimos las heridas; él, con una ruana que tenía, y yo, con un poncho que había traído desde el Cauca, abrigos que, para aprovecharlos bien, nos los colocamos al sesgo.

A ochenta o cien pasos del «Cangrejo», corrió a nuestro encuentro el Capitán..... Romero, aquél que, dándose las de liberal, después que lo hicimos prisionero, como miembro del batallón «4º.» o «24 de Cali», a bordo de la goleta «Rosa del Charco», de marras, se pasó a nuestras filas. Mostrósenos muy atento; regresó en seguida, anunciando que iba a buscarnos unas tazas de caldo, y, efectivamente, cuando entramos a la casa de la ambulancia, personalmente nos las entregó. Para no ocuparme más de él, anotaré: Que se anticipó a manifestarnos que no había asistido al combate que se estaba librando; porque había estado con fiebre o cosa parecida; y, finalmente, que consumada la hecatombe de esos tres días de batalla en que me ocupo, volvióse a **su antiguo campamento gobiernista.**

Ningún Jefe que comanda a uno de los batallones que toman parte en un combate, puede, en mi concepto, darse cabal cuenta de los acontecimientos que ocurran en todo el campo del mismo, durante la refriega. A lo sumo, el Estado Mayor, dados el punto de observación que la táctica le ordena ocupar, y los elementos que tiene a su mando—sus ayudantes—para ordenar y vigilar los movimientos que las circunstancias

demanden, está capacitado para narrar con mayor exactitud que otros, las peripecias de la batalla, porque siempre se le escaparán ciertos detalles; y todo ello es así, porque la obicuidad no es cualidad inherente al ser humano.

El total de nuestras tropas, inclusive los dos escuadrones y el personal de la artillería, que tomaron parte en esa cruentísima jornada, montaba, más o menos, a 1.200 hombres, El General Emiliano J. Herrera, de acuerdo con las modificaciones que introdujo a última hora, al plan de ataque, como consecuencia de la entrevista que celebramos al amanecer de ese día, en «Perry's Hill» ordenó que el asalto se llevara a cabo así: Por el ala izquierda, o sea por «Peña-Prieta», obrarían dos batallones; por el centro, o sea avanzando directamente sobre el puente de «Calidonia», cuatro; más los dos escuadrones; por el ala derecha, hacia la ermita de San Miguel, dos; y la artillería, desde «Perry's Hill», respaldaría el avance de esos cuerpos. La distancia que nos separaba desde el punto de partida, hasta las trincheras de los lugares indicados, pues en cada uno de ellos las había, medía aproximadamente, dos kilómetros; los cuales, salvo el trayecto de «Perry's Hill» a «Peña-Prieta», que estaba oculto por el manglar hasta la salida a la playa, había que recorrerlo en línea recta, al descubierto.

Ya se sabe que, como Jefe del batallón «Justo Arosemena», al que le tocó la descubierta en el avance que junto con el «Rafael Uribe Uribe», al mando del Coronel Ricardo Nicholson; hicimos por la playa, tenía órdenes de no romper los fuegos sino cuando se oyera un cañonazo de nuestra artillería, a menos que, antes tropezáramos con los contrarios, como aconteció, circunstancia que impidió que se estableciera la lucha, conjuntamente, por los otros lados, y que nos convirtió por un rato, en blanco de sus disparos. De la manera como cumplimos nuestro deber, mejor de como yo lo pudiera expresar, lo dicen las palabras del General Víctor Manuel Salazar, al respecto, copiado atrás.

Por los comentarios que hacían en la ambulancia los demás heridos, que eran muchísimos, de los cuales apenas recuerdo en estos momentos a Luis García Fábrega y a Agosto Aizpuru, cuyos pechos los tenían atravesados por sendas balas de «remington reformado», afortunadamente, pude darme cuenta de muchos de los sucesos que ocurrieron durante la violenta y valerosa acometida de los nuestros por el centro y por el ala derecha. Referían: Que uno en pos de otro, seguidos de la caballería, enfilaron los batallones que atacaron por el centro, por la única y estrecha calle que, partiendo del puente de «Calidonia», divide el barrio de ese nombre; que al lado del Coronel Temístocles Díaz, Comandante de uno de los cuerpos que

avanzaban de los primeros, caminaba su tío don Joaquín Arosemena, hermano del doctor Pablo Arosemena, viejo y distinguido liberal que, al pasar frente a su hacienda, situada en las «Sabanas de Panamá», el batallón «Cazadores del Pindo» caucano, se incorporó a sus filas con entusiasmo juvenil, y portando cual si fuera una espada, una flexible vara, murió, valerosamente, en defensa del partido; que llenando los claros que hacían en las filas las descargas gobiernistas, lograron llegar, sin embargo, hasta los estribos del funesto puente, Jefes, Oficiales y cientos de soldados que, impertérritos, a pecho descubierto allí cayeron, en su mayor parte, muertos o heridos. Fueron tantos, los unos y los otros, que es imposible, después de tantos años retener sus gloriosos nombres. Entre los primeros figuran don Joaquín Arosemena, Temístocles Díaz, Juan Antonio Mendoza, Ricardo Gómez, Fabio Tejada y uno de sus hijos, Rogelio Agüero, Samuel Rostrup, Samuel Ruíz, Teodoro Aparicio, Francisco Merel, Guillermo Echeverría, y, entre los segundos, Simón Chaux, José Antonio Ramírez Uribe, Ezequiel Vásquez, Manuel Patiño, Luis García Fábrega, Agosto Aizpuru, José S. Mendoza y Carlos Cartas. Que los que actuaron por el ala derecha, desalojaron, asaltando sus atrincheramientos, al adversario que ocupaba la ermita de «San Miguel», la cual quedó hasta el final de la lucha, en poder de los nuestros, porque aquéllos, tan escarmentados quedaron, que no intentaron siquiera recuperar esa posición. Comprueba que no fueron abultados esos comentarios, las siguientes apreciaciones del General Víctor Manuel Salazar, referentes a los mismos sucesos:

«Como a las cuatro de la tarde, una terrible tempestad que se presentó «en el campo en donde se libraba la batalla, nos hizo creer que sería al «menos motivo de una ligera tregua entre las dos fuerzas combatientes; «pero no sucedió así: los fuegos se avivaron más y más, y en el fragor de la «tempestad y de la lucha, hubo ciertamente algunos momentos en que el «estampido de los cañones se confundía con los truenos de las descargas «eléctricas. El espectáculo era solemne. Los fuegos continuaron sin «interrupción. De las diez a las once p.m., pudimos observar, aunque «confusamente, que el enemigo, aprovechando las tinieblas de aquella noche «intensamente oscura, avanzaba en silencio sobre nuestras fortificaciones; «y al toque de carga que ordené inmediatamente y que repitió la corneta «con entusiasmo en toda la línea, nuestros tiradores contestaron con el fuego «más activo que se haya presenciado. Al amanecer del 26 la luz del día nos «permitió ver, cerca de nuestra línea de defensa y principalmente en el «camellón de Calidonia, regado el campo de cadáveres del enemigo. Los «más arrojados habían pagado esa noche con su vida su intrepidez. La lucha

«continuó durante el día 25, y como a las cuatro de la tarde recibí un pliego «vuestro, según el cual, conveníais en una ligera suspensión de hostilidades «a efecto de que las ambulancias inglesa y chilena penetraran al campo «enemigo a recoger siquiera los heridos cuyos ayes y quejas oíamos a poca «distancia. Así se hizo, en efecto, pudiendo entonces apreciar el destrozo «que nuestras armas habían causado a las filas revolucionarias: 600 hombres, «entre muertos y heridos, yacían tendidos en aquel campo».

Como contraste, agrego yo, el Ejército del Gobierno, según confesión del propio General Salazar, tuvo pocas bajas, en esa batalla y en la de cuatro días antes.

«Esta –la revolución– tuvo 600 bajas entre muertos y heridos, y «nosotros, contando las de Corozal, 32 muertos y 66 heridos».

¿No es ésta una revelación que dice mucho en favor del coraje de los nuestros?

En la mañana del 26 de julio de 1900, se presentó a la ambulancia el General Salvador Toledo, jefe de nuestra artillería, y, muy azorado, sin duda alguna, a causa de circunstancias especiales que lo rodeaban – no era colombiano – manifestó: «Mi vida está en peligro, pues el Ejército se va a rendir, porque acaban de llegar a Colón más de mil hombres al mando del General José María Campo Serrano, y dentro de una hora, nos atacarán por retaguardia». «Cálmate, Salvador –le dije,– secundado por el General José Antonio Ramírez Uribe, la cosa no es para tanto; ya lo verás». Casi no se demoró y salió en busca del «Ricardo Gaitán Obeso» dónde encontró seguro refugio.

Confirmada esa grave noticia por otros conductos, temerosos de caer prisioneros, pues no teníamos más detalles sobre el particular, abandonamos el General Ramírez y yo, la ambulancia, con el propósito él, de tomar el «Gaitán», que se supo había levado anclas para ir a un lugar más abajo de costa, a esperar los fugitivos que desearan seguir a Tumaco, y yo, para esconderme en alguna hacienda de persona amiga. Emprendimos la marcha a pié, pero en el camino, como una hora después, conseguimos, dos pencos que nos llevaron hasta la hacienda denominada «Bermejál», si no estoy equivocado, de propiedad del distinguido liberal y mi respetado amigo, don Constantino Arosemena, hermano de don Joaquín; que acababa de morir en el combate. Allí nos separamos, pues él embarcó en el «Gaitán Obeso», en unión de otros de nuestros compañeros, entre los cuales, que yo recuerde,

iban los Generales Emiliano J. Herrera y Salvador Toledo; el doctor Temístocles Rengifo V., Pío Bolaños y Lubín Manrique.

Antes de llegar a «Bermejál», encontramos al Sargento Mayor Plinio Oliveros, con algunos soldados del batallón «Cazadores del Pindo», llamado antes «Mosquera», que no alcanzaron a tomar parte en el combate, por motivos que él explicó y de los cuales no hago memoria.

Al otro día de mi estada en «Bermejál», recibió don Constantino noticias exactas de los últimos acontecimientos en cuestión, según los cuales, el Ejército no se había **rendido**, sino que había **capitulado**; y que, según el acta respectiva, el Gobierno se comprometía de la manera más solemne, a respetar la vida de los Jefes, Oficiales, soldados y personas civiles pertenecientes a la revolución de Panamá, así como también, a permitir a los primeros el uso de sus armas y salir libremente del país, a los que así lo desearan. Aclarada la situación, salí al día siguiente para la ciudad de Panamá en la cual permanecí hasta que sané de mi herida.

Los que no estén al corriente de los pormenores que anteceden, con razón, encontrarán inexplicable la dicha capitulación, pues, indudablemente es un fenómeno militar inusitado, el de que un ejército sitiador capitule, mas como se ve, los sitiados lo fuimos nosotros a última hora; y en que momentos, es decir, después de tres días de uno de los combates más sangrientos.

Restablecido de mi herida, solicité del General Carlos Albán pasaporte para ausentarme del país. Antes de expedírmelo, me exhortó en el sentido de que permaneciera en la ciudad, al amparo de las garantías que él me ofrecía, para que viviera tranquilamente, pues sería temerario que persistiera en volver a tomar las armas, porque la revolución estaba moribunda, a causa de los últimos fracasos que había sufrido. Le contesté, que le agradecía sinceramente su bondadosa sugestión, tanto más, cuanto que no dudaba que mientras él estuviera al frente de su puesto, disfrutaría de las garantías que me ofrecía; pero, que si por desgracia llegara él a faltar, era lo más probable que perdiera esos favores; que tenía compromisos adquiridos, que me obligaban a volver a los campamentos para luchar al lado de mis copartidarios, tan luego como la guerra reviviera; y que, en todo caso, necesitaba ganarme la vida honradamente, como en el exterior tenía probabilidades de hacerlo con provecho. Finalmente, en síntesis, me dijo: «Pues ya verá usted cómo no tendrá ocasión de regresar a los campamentos; y como usted insiste en salir del país, con mucho gusto le extenderé el pasaporte que desea». Provisto de ese documento, en el primer vapor que salió para el sur, marché a Guayaquil.

Recuerdos de la Guerra

Santa Fé de Bogotá, Colombia, 1911.

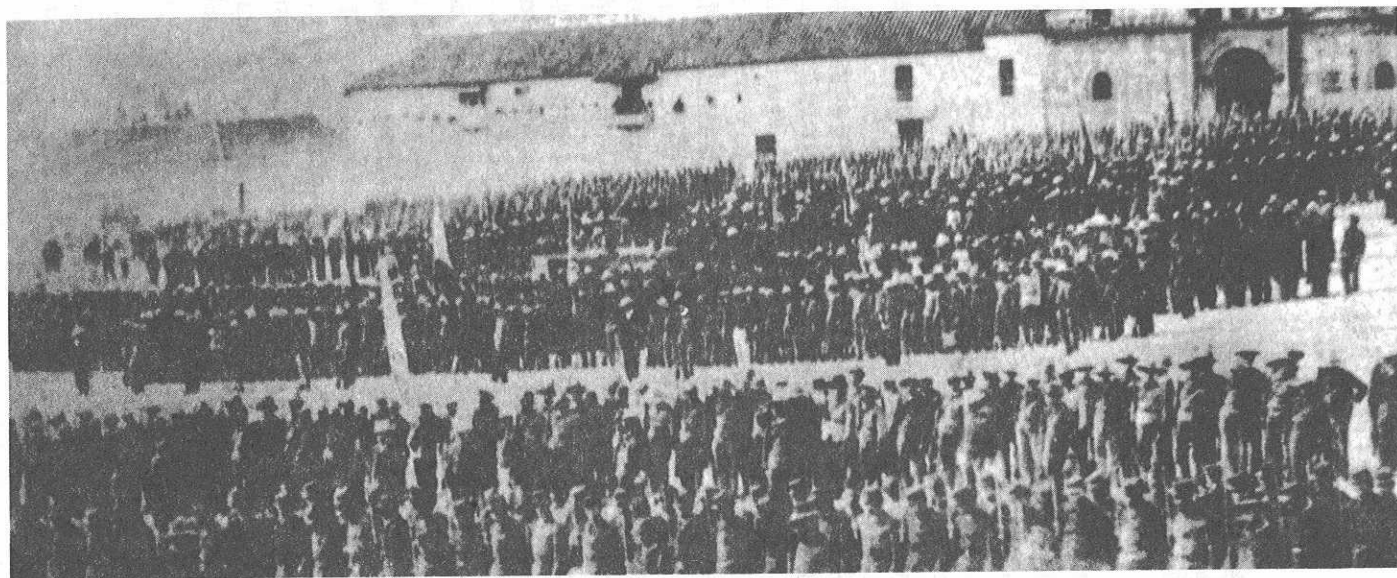
VÍCTOR M. SALAZAR.
(Conservador)

CAPITULO VI

OTROS DOCUMENTOS RELATIVOS A LA BATALLA DE PANAMA

El 26 de julio de 1900 fue día de gloria para las armas nacionales y de legítimo orgullo para el autor de estos recuerdos históricos, quien, como se recordará, había asumido, desde el 22 y por especial delegación del general Albán, el mando de las fuerzas acantonadas en el Istmo y la dirección de la batalla que se estaba librando. Recuérdese que desde Punta Burica, en el norte del departamento, hasta la población de La Chorrera, en las goteras de la ciudad capital, el avance de las fuerzas revolucionarias había sido una verdadera marcha triunfal, en la cual se apuntaban victorias tan importantes como la de Bejuco y los llanos de Capira, en donde el ejército del gobierno había sido terriblemente reducido por la metralla enemiga. Recuérdese que desde el 22 de julio algunos de los principales jefes del ejército nacional habían abandonado la ciudad y buscado refugio en un buque de guerra inglés (el “Leander”), anclado en esa bahía, porque consideraban que la acción empeñada era no solamente absurda sino temeraria y altamente perjudicial para la ciudad capital y para su valioso comercio. Sépase que, en la mañana del 22, una respetabilísima comisión de notables de la ciudad, encabezada por don Guillermo Lewis, conferenció largamente con el autor de estas páginas con el propósito de inducirlo a aceptar la capitulación honrosa que el enemigo nos había ofrecido por el intermedio del cuerpo consular.

Recuérdese el lenguaje amenazador de los jefes revolucionarios, quienes en forma jactanciosa nos invitaban a salir de la ciudad a combatir con ellos para no verse en la “necesidad imprescindible de ir a la capital a arrojarlos de nuestros cuarteles” llegando a plantearnos este preciso dilema: “o que



Batallones del Ejército Conservador durante la Guerra Civil del los Mil Días.

las fuerzas dictatoriales salgan a batirse en despoblado con el *ejército restaurador*, o que se entreguen a discreción las plazas de Panamá y Colón, con los elementos de guerra que en ellas existen.” Recuérdese finalmente que la moral de nuestras fuerzas había decaído considerablemente desde la derrota de Bejuco, y entonces se comprenderá claramente por qué nuestro brillante triunfo del 26 de julio fue una inesperada sorpresa para el ejército vencido, para el ejército vencedor, para el cuerpo consular que había estimado inevitable nuestra derrota, para la ciudadanía panameña que seguía paso a paso todos los accidentes de la batalla en sus seis días y sus seis noches de incesante lucha y aun para los países vecinos que esperaban con ansiedad el resultado del sangriento duelo.

Naturalmente, el entusiasmo, la alegría y la admiración entre los amigos de nuestra causa, se difundió como creciente ola por todas las esferas de la sociedad. Las señoritas más distinguidas residentes en la capital organizaban bellas fiestas para agasajar a los bravos combatientes que, en memorable lucha desigual, acababan de cubrirse de gloria; la iglesia realizaba solemnes actos de acción de gracias a la Divina Providencia por los beneficios recibidos; los vencedores se entregaban a los más nobles y merecidos esparcimientos, sin herir en lo más mínimos el amor propio de los vencidos; en una palabra, en aquellos días Panamá se vistió de gala para celebrar el triunfo de nuestras armas y para saludar y bendecir las bellas auroras de la paz.

El Consejo Municipal de la ciudad no podía quedarse atrás en aquel desborde de entusiasmo, y aprobó por unanimidad, en sesión extraordinaria, el siguiente acuerdo:

EL CONSEJO MUNICIPAL DE PANAMA,

CONSIDERANDO:

Que los beneméritos generales doctor don CARLOS ALBAN y don VICTOR MANUEL SALAZAR, y todos los jefes, oficiales y soldados que defendieron esta ciudad en la gran batalla librada del 21 al 26 de julio último, se han hecho merecedores, por tal motivo, de la gratitud de todos los buenos hijos de la república, pero en especial de los habitantes de esta ciudad;

Que en seis días consecutivos y dos noches enteras de reñido batallar, los defensores del gobierno legítimo han conquistado el título de héroes, resistiendo con 400 hombres a los valerosos enemigos, en número de dos mil;

Que a pesar de exótica presión que compelmá al general Albán a que rindiera la plaza, él, con un valor moral poco común, que tiene mayor mérito que la misma cruenta batalla, resistió esas sugerencias y decidió defender esta plaza, como tan heroicamente la defendió;

Que la batalla librada en Corozal y Panamá es de incalculable importancia, no sólo porque el triunfo del gobierno legítimo ha librado a esta población de

grandes calamidades, sino porque, tomada esta ciudad, el enemigo, lleno de recursos, habría incendiado el departamento del Cauca y atacado la costa de Bolívar, volviendo así a encenderse de manera portentosa la guerra civil que dichosamente está hoy agonizante;

Que a los méritos militares del general ALBAN, se unen los de una generosidad sin límites, habiendo llegado al extremo de dejar en libertad a los jefes y soldados del enemigo, entre los cuales se encontraban invasores extranjeros, y haber puesto en libertad a más de doscientos presos políticos que había en las cárceles, y haber celebrado tratados con un enemigo completamente derrotado;

Que es un deber dar muestras públicas de reconocimiento a los buenos servidores de la patria y hacer constar este reconocimiento por algunos de los medios adoptados en todo país civilizado,

RESUELVE:

Confiérenseles el título de hijos esclarecidos de esta ciudad de Panamá, al heroico y magnánimo general caucano, doctor CARLOS ALBAN y al bizarro general antioqueño, VICTOR M. SALAZAR.

En conmemoración de la brillante jornada del 21 al 26 de julio del presente año y de la magnanimidad del general ALBAN con los vencidos, se donará al expresado general una gran medalla de oro que recuerde la gratitud de los habitantes de esta ciudad. La medalla tendrá la inscripción y grabados que se acuerde separadamente.

Una medalla del mismo metal y dimensiones que la expresada anteriormente, se concederá al valiente general VICTOR MANUEL SALAZAR, por los servicios inestimables prestados por él en tan heroica jornada, en la cual hizo lucir las armas de la república y puso en evidencia sus relevantes dotes de cultura, arrojo y bizarría.

A cada uno de los que más se hayan distinguido en la expresada contienda, se le concederá una medalla de oro de las dimensiones de un franco.

Una medalla de plata de las mismas dimensiones se concederá a los que sigan en merecimientos a los que se han hecho acreedores a la anterior; y los restantes, en general, recibirán una mención honorífica.

Para la calificación del mérito no se tendrán en cuenta los grados militares.

Créase una junta de calificación, que constará de cinco miembros, de la cual formará parte el presidente del consejo y que será nombrada por éste, la cual se encargará de hacer las calificaciones y distribuir las medallas y títulos.

Para atender a los gastos que demanda esta proposición, se hará una colecta entre los buenos hijos de esta ciudad y extranjeros, y sus nombres serán publicados en el registro municipal.

En caso de que la colecta no diere los fondos suficientes para atender a los gastos que demanda esta proposición, solicítase del próximo congreso la autorización necesaria para que, con fondos de este municipio, se pueda llevar a efecto.

El señor alcalde municipal queda encargado de recorrer las listas de suscripción, y la inversión de los fondos se hará en la tesorería municipal.

Publíquese para conocimiento del público, en hoja volante, y dése cuenta a los generales ALBAN y SALAZAR, por medio de una comisión nombrada al efecto.

En Panamá, a primero de agosto de mil novecientos.

El presidente, GABRIEL GUIZADO COSTA.—El secretario, Ernesto J. Cotí.

Al mismo tiempo y por tratarse de un batallón antioqueño que se distinguió por su valor y su abnegación en aquella célebre jornada, el general Albán se dirigió al gobernador de Antioquía, en los siguientes términos:

Panamá, 27 de julio de 1900.—Buenaventura 27.

Gobernación.—Medellín

Después cinco días sangriento combate esta ciudad, revolucionarios rindiéronse capitulación honrosa. Fuerzas “Henao” pelearon firmemente. General Salazar, ascendido sobre campo de batalla.

Gobernador, **Carlos Albán**.

El general Francisco Jaramillo, jefe de la División “Antioquia”, que llegó al campo de batalla en la mañana del glorioso 26 de Julio, dirigió igualmente el siguiente telegrama:

Panamá, 27 de Julio de 1900.—Buenaventura 27.

Gobernador.—Medellín.

Triunfo completo. Fuerza antioqueña comportóse bizarramente. General Víctor Salazar ha sido el héroe de esta gloriosa jornada

General, **Francisco Jaramillo U.**

Y el autor de estas páginas recibía el siguiente despacho:

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Gobernación.—Sección de Gobierno.—Número 59.—Panamá, 26 de julio de 1900.

Señor General D. Víctor M. Salazar.—Presente.

Muy grato me es comunicaros que por vuestro brillante comportamiento en los combates de 21 a 26 del presente mes, en los cuales las fuerzas del gobierno dejaron bien sentado el honor nacional distinguiéndoos por vuestro valor, constancia y decisión, he tenido el placer de ascenderos, por decreto de esta fecha, distinguido con el número 100, a General de División del Ejército de la República, seguro de que éste se congratulará por contaros entre sus bravos y dignos defensores.

Soy vuestro atento servidor y compatriota, **Carlos Albán**.

Por el siguiente oficio acusamos recibo de las medallas destinadas a los vencedores:

Barranquilla, marzo 14 de 1901.

Sr. D. Luis María Calvo.—Panamá

Estimado amigo:

Ayer, a mi regreso de la última campaña de Sabanas, tuve el placer de recibir en esta ciudad, con su apreciable comunicación de dos de febrero último, la hermosa y elegante medalla de oro, obsequio con que me distinguen las señoritas conservadoras de Panamá, como manifestación de aprecio por los servicios

prestados por mí a la causa conservadora, en la célebre jornada que se libró en esa ciudad en los últimos días de julio del año próximo pasado.

Con el mismo oficio recibí igualmente la no menos elegante y artística medalla, también de oro, que me envían por su honorable conducto los conservadores colombianos residentes en Guayaquil, impulsados por el mismo generoso sentimiento de las señoritas de Panamá; y ventidós medallas de plata destinadas por esa respetable colonia para los jefes y oficiales antioqueños que me acompañaron en aquella memorable acción.

La defensa de Panamá, que con razón ha alcanzado cierta justa celebridad en los anales de esta contienda legendaria, fue el resultado de un esfuerzo humano poderoso inspirado por Dios. Sin los favores de su protección omnipotente y divina, la guarnición de Panamá, corta en número y abatida profundamente por los rigores de aquel clima tórrido y por las fatigas de una lucha que no tuvo descanso, habría sido impotente para competir con un ejército cinco veces superior en número, provisto de magnífico armamento moderno y de abundantes pertrechos y alentado poderosamente por el recuerdo —todavía fresco— de recientes victorias.

Pero en medio del general desconcierto, creado por nuestra deplorable situación y por la voluntad vacilante de los que en momentos de terrible angustia perdieron la fe que salva y vence los más grandes peligros humanos, estaba la voluntad divina que fortalece, que inspira valor y confianza a un mismo tiempo y que escuda siempre a los que ofrecen su brazo a la justicia.

Por eso, cuando al oído de nuestros valerosos soldados llegó el sombrío rumor de una capitulación ofrecida por el jefe enemigo, todos experimentaron la santa indignación de aquel a quien se le ofrece la vida en cambio de una deshonra perdurable y sintieron agitarse su espíritu, animados por una mano invisible que les enseñaba que el sacrificio es sublime y glorioso cuando se hace en defensa de una idea grande y noble y cuando nos amenazan de cerca los peligros de un deshonor.

Y el patriótico esfuerzo fue coronado por la victoria; la poderosa hueste invasora rindió sus pendones a la reducida guarnición; los cañones mercenarios apagaron sus fuegos, y el iris de la república conservadora y cristiana siguió brillando en lo más alto de las fortalezas levantadas por los soldados de la justicia, brindándoles a todos sus reflejos gloriosos.

Al aceptar hoy el precioso obsequio con que ese honorable gremio de señoritas de Panamá ha querido condecorar mi nombre, humilde y modesto, siéntome especialmente complacido, porque veo que corazones delicados se apasionan también en la lucha de las ideas y rinden obligante y valioso tributo de admiración a los soldados de su causa, encarnando de esa suerte las más felices y risueñas esperanzas del porvenir; y al recibir el no menos honroso obsequio de nuestros amigos residentes en Guayaquil, quiero ver en ese acto patriótico, más que el premio de un esfuerzo, las manifestaciones de vitalidad y vigor de un partido político, cuyos miembros ausentes sienten con él sus dolores y concurren, con entusiásmo palpitante, a la fiesta en donde se celebran y glorifican sus triunfos.

Y ya que usted ha sido el honorable intermediario en esta expresiva manifestación a mis compañeros de fatiga y a mí, le ruego se sirva transmitir a las señoritas conservadoras de esa ciudad y a la colonia de Guayaquil que nos la hacen, nuestros más vivos sentimientos de gratitud y de respeto.

Usted reciba el afectoso saludo de su amigo sincero, **Víctor M. Salazar.**

Entre los jóvenes que asistieron a la batalla de Panamá y que sintieron los rigores de la lucha y experimentaron luego las incomparables emociones de la victoria, se encontraba el inspirado vate Rodolfo Caicedo, quien no pudiendo contener su admiración por los sublimes actos de heroísmo que había presenciado de parte de ambos ejércitos contendores, escribió y publicó el bello poema con que queremos engalanar estas páginas históricas, porque él trae a nuestra memoria, con acentos que el paso de los años no ha borrado, el recuerdo de aquellos tiempos gloriosos. Es quizá un documento demasiado personal, pero su carácter épico-descriptivo contribuirá eficazmente a fijar, en el cuerpo de estas memorias, la auténtica fisonomía histórica de aquel pasado legendario. Helo aquí:

BATALLA DE PANAMA

HOMENAJE A LOS ILUSTRES GENERALES ALBAN Y SALAZAR

No son hombras, son fieras que irritan!...
Las balas silban como serpientes locas
Y los cañones con fragor vomitan
Rayos y truenos de sus negras bocas;
Y aquellos braves en su enojo imitan
A los titanes cuando lanzan rocas
Contra los dioses que el Olimpo habitan...

Al ancho firmamento
En siniestra espiral el humo suhe
Y lo enlutece con aciaga nube...
Olor de sangre se respira... El viento
Conduce gritos de furor, bramidos,
Roncas blasfemias, lúgubres sonidos
Mezcla de maldición y de lamento.
Y al herir sus oídos
Las vibraciones del clarín agudo,
Ardido el rostro, sanguinoso el traje,
¡Cómo aumentan los bravos su coraje
Para asestar de nuevo el golpe rudo!

CAPITULO XIII

EL DESASTRE DE AGUADULCE

Grandes, muy grandes, habían sido las preocupaciones del doctor Arjona y del general Ramón G. Amaya, quien había volado de la Costa Atlántica a Panamá, por salvar las fuerzas del general Castro acantonadas en Aguadulce. Esta, como se recordará, había sido la consigna del general Albán cuando

se preparaba a viajar en el “Lautaro”. Todo esto sucedía cuando nos encontrábamos aún en Cali, haciendo los últimos preparativos de marcha a Panamá. Pero ¿de qué servían las preocupaciones del doctor Arjona y del general Amaya, cuando carecían de un buque para afrontar la lucha con el “Padilla” e ir en auxilio de Castro?

Pensar en un avance por tierra, tomando la vía de La Chorrera o la de Miraflores con las fuerzas acantonadas en la capital, había sido el mayor de los errores, porque en este caso habrían tenido que dejar desguarnecidas las ciudades de Panamá y Colón, que eran el supremo objetivo de la revolución. De modo que lo mejor que podían hacer fue lo que, en efecto, hicieron: atrincherarse fuertemente en dichas ciudades y esperar el ataque del enemigo. Exactamente lo mismo que habíamos hecho en asocio de Albán en 1900, con la diferencia de que las trincheras que habíamos improvisado nosotros en aquel tiempo, dentro del lapso de una tarde y una noche, bajo los fuegos combinados de la fusilería y la metralla del enemigo, eran apenas un refugio pasajero, en tanto que las que ahora encontrábamos constituían una obra muy apreciable de arte militar, ejecutada por ingenieros competentes, bajo la dirección de expertos oficiales del ejército. Había en esas trincheras magníficos emplazamientos de ametralladoras y cañones, hábilmente recatados por espesos muros de piedra, y el ejército podía moverse fácilmente de un lugar a otro sin ser visto por el enemigo. Nosotros las hicimos mejorar inmediatamente realizando en ellas dos reformas: consistió la primera en desmontar completamente el bosque de la explanada de Calidonia y de la fábrica de hielo, para obligar al enemigo a avanzar a pecho descubierto, si era que resolvía atacarnos; y la segunda, en minar con gran cantidad de dinamita la iglesia de San Miguel. Esta, como ya lo hemos dicho, era de gran tamaño, con altos y espesos muros de calicanto. Construída por los españoles desde la época de la fundación de Panamá, estaba, en aquellos días, totalmente abandonada entre el monte y la maleza. Para ejecutar tales reformas, nombramos al general Pedro A. Pedraza, quien gozaba fama de ser muy hábil en esa clase de trabajos; y cuando nos avisó que éstos estaban concluídos –lo que naturalmente se había efectuado dentro de absoluta reserva– invitamos al general Pompilio Gutiérrez a examinarlos. Excepcionalmente grata fue nuestra sorpresa. La obra de Pedraza era perfecta. Grandes tacos de explosivos hábilmente incrustados en todo el edificio y bien conectados por medio de pequeños hilos metálicos; por fuera, un alambre muy delgado que iba, oculto entre la vegetación silvestre, desde el puente de Calidonia hasta la iglesia, y en nuestras oficinas una pequeña máquina eléctrica, con que haríamos estallar los explosivos en el momento

oportuno. Para el caso de una gran batalla en esos lugares, que conocíamos de memoria desde 1900, el plan consistía en permitir que el enemigo ocupase la iglesia con 1.500 o 2.000 hombres para volarla en seguida. Hemos de confesar que, desde ese día, no tuvimos un momento de sosiego. Nuestro deseo de ser atacados por las fuerzas revolucionarias, no tenía límites. El espectáculo de ver volar en fragmentos la vieja iglesia de San Miguel, con el enorme estruendo y la conmoción que el hecho produciría, era cosa que nos fascinaba. Anhelábamos darle una gran sorpresa a la ciudad, al adversario y al pueblo panameño, y no nos resignábamos a ver malogrados semejantes preparativos. El evento de un desembarco de tropas revolucionarias por medio del “Padilla”, estaba totalmente descartado. Cañones emplazados en las bóvedas de Chiriquí y en otros lugares de la ciudad, lo mismo que el “Chucuito” y la “Boyacá”, listos en la bahía, darían cuenta de la nave revolucionaria, en caso de cualquier intentona. Todo nuestro plan se reducía, pues, a esperar tranquilamente el ataque del enemigo, a esperar la llegada del “Presidente Pinto”, el famoso buque que iba a recibir el doctor Abadía, para tomar la ofensiva. Desgraciadamente, todas nuestras esperanzas fracasaron. El enemigo nunca nos atacó y el “Presidente Pinto” no llegó jamás, al menos con destinto al gobierno de Colombia. Meses después, cuando firmamos la paz a bordo del “Wisconsin”, ordenamos el retiro de los explosivos colocados en la iglesia de San Miguel. El pánico fue enorme. Las familias querían abandonar la ciudad por el temor de que al verificar el descargue de la dinamita se produjese una explosión. Sin embargo, los ingenieros y los hombres encargados de dirigir la operación, tranquilizaron al público, y todo se hizo felizmente, sin el menor contratiempo.

Volvamos atrás, y estudiemos la suerte que habían corrido las fuerzas del general Castro, en Aguadulce.

El 9 de marzo, esto es, cuatro días después de habernos encargado de la gobernación, empezaron a llegar, por la vía de Colón, los primeros fugitivos del ejército del general Castro: ¿Qué había sucedido? Que desde el 23 de febrero, el general Benjamín Herrera había atacado a Castro en Aguadulce y que, después de un combate reñidísimo, el último se había retirado por malísimos caminos, atravesando la cordillera y buscando la vía de Bocas del Toro para regresar, por el Atlántico, a Panamá. Decimos que el combate fue reñidísimo porque en el parte detallado, rendido por el general Lucas Caballero, documento que tenemos a la vista, consta que el ejército del Cauca, al cual correspondieron principalmente los combates de Pocrí y Aguadulce, tuvo como bajas 89 muertos y 150 heridos; que el ejército de

Panamá, que cumplió la toma de Vigía y que sostuvo la posición de Limones, tuvo 50 bajas entre muertos y heridos; y, finalmente, que en el cuerpo de ayudantes de la dirección resultaron heridos el coronel Simón Arboleda y el teniente coronel J. Santodomingo, más un muerto, el teniente Guerrero. Todo lo cual da un total de bajas del ejército del general Herrera de 292, con la circunstancia, muy honrosa para la revolución, de que muchísimos de los muertos y heridos fueron altos jefes y oficiales según lista del general Caballero.

Por parte del ejército del general Castro, hubo un total de bajas de 141, así: muertos 49 y heridos 92, cuyos nombres fueron publicados. Como se ve, el número de bajas de la revolución fue muy superior al del ejército del gobierno, lo que se debió, probablemente, a que el general Castro ocupaba mejores posiciones y estaba atrincherado.

Consideramos desde aquellos tiempos, y hoy pensamos de idéntica manera, que la retirada del general Castro fue prematura. Conjeturámoslo así, porque las fuerzas del general Herrera, que no eran muy numerosas, ya que de Tumaco, al iniciarse la expedición sobre el Istmo, sólo habían salido 1.300 hombres, con la pérdida de cerca de 300, que son las bajas que anota el general Caballero, pero que otros testigos hacían subir a 400 contando en este número los más brillantes jefes y oficiales, esas fuerzas, decimos, debían estar bastante desmoralizadas al contemplar tendidos en el campo, a sus mejores elementos, es decir, a los que habían dado el impulso inicial en el combate. Pero hay otro hecho que refuerza nuestra creencia. Un pequeño grupo de soldados del general Castro, constante de 125 hombres al mando del coronel Pedro Segundo Ruiz, que no quiso retirarse, siguió resistiendo por bastantes horas sin ser vencido; y sólo después de una capitulación honrosa, ofrecida por el general Herrera, el coronel Ruiz convino en abandonar el campo. Este distinguido oficial llegó pocos días después a Panamá llevándonos el texto de la expresada capitulación, y por los términos de este documento y las minuciosas informaciones del coronel Ruiz, nos formamos el concepto claro de que el general Castro pudo haber seguido combatiendo, con muchísimas probabilidades de triunfo. Su ejército estaba casi intacto; sus posiciones eran magníficas; contaba con abundantes municiones y elementos de combate; el enemigo había perdido, por lo menos la cuarta parte de sus efectivos y tenía que avanzar por la llanura, a pecho descubierto, sobre un campo sembrado de cadáveres y de heridos que imploraban auxilio. ¿Por qué resolvió retirarse, en semejantes condiciones? Jamás hemos podido explicárnoslo.

También aquí nuestra pluma abre un paréntesis luctuoso para rendir homenaje emocionado a la memoria del coronel Pedro Segundo Ruiz. Algunos años después de la guerra, siendo presidente de la república el doctor Carlos E. Restrepo, éste y su ministro de guerra, el general Mariano Ospina Vásquez (q. de D. g.), nos llamaron para pedirnos el nombre de un oficial, a quien necesitaban confiarle una importante comisión: sin vacilar, les dimos el nombre del coronel Ruiz. Pero éste no hacía ya parte del ejército aun cuando sí residía en esta ciudad. Entonces lo llamaron a filas. A maravilla cumplió la comisión.

El descalabro sufrido por el general Castro y la derrota del coronel Duque en San Pablo, nos contrariaron naturalmente, pero no nos descorazonaron. Al contrario, los detallados informes recibidos acentuaron en nosotros la convicción de que, después del combate de Aguadulce y de las grandes pérdidas, en jefes y oficiales, sufridas por la revolución, ésta no había quedado en condiciones de intentar un avance sobre Panamá. Era aquello, para el general Herrera, un triunfo pírrico. Con otra victoria como ésa, se habría quedado sin ejército, como dijo el famoso rey de Epiro, después de la batalla de Heraclea. De consiguiente, nuestro plan continuaba siendo el mismo: esperar tranquilamente en nuestras fortificaciones de Calidonia, en Panamá, y confiar en la llegada del “Presidente Pinto”, para tomar una vigorosa ofensiva, que le habría puesto fin a la guerra en menos de una semana.

Los meses siguientes fueron de calma, de tranquilidad y, si se quiere, de atonía. Así lo aconsejaba la prudencia. Pero mientras tanto, el ministro de guerra, general Aristides Fernández, no daba vagar a sus poderosas y fecundas actividades. Constantemente enviaba fuerzas, destinadas a aumentar los efectivos de Panamá. Esas fuerzas las tomaba de las que iban quedando desocupadas en el interior de la república, en donde, prácticamente, la guerra estaba terminada. Y fue así como sucesivamente fueron llegando al Istmo: el general Luis Morales Berti, con los mejores elementos del ejército de Santander; el general Eduardo Ortiz Borda, con su famosa división “Medina”; los generales Floro Moreno y Félix Navarro, con fuerzas del Tolima y Cundinamarca; el general Estanislao Henao, con fuerzas antioqueñas; los generales Pompilio Gutiérrez y Pedro A. Pedroza, con fuerzas del interior de la república; el general Tomás Quintero, con lo que él denominaba “el tercer ejército”, pero que, por motivos de disciplina y mejor organización, hubo de incorporar en el ejército de Panamá; el general Clímaco Silva, también con fuerza del Tolima, y, más tarde, el general Lucio Velasco, con numerosas fuerzas del Cauca.

Con el arribo al Istmo de estos múltiples elementos, la situación del gobierno tornábase bastante halagadora; pero lo que más nos satisfizo, haciéndonos concebir la esperanza de una pronta terminación de la guerra, fue el cable que recibimos en clave, el 15 de abril, del doctor Abadía Méndez, fechado ese mismo día en Santiago de Chile, en el cual nos decía textualmente: “Breve iré buque.” Nuestro júbilo fue inmenso. Y para que el lector pueda formarse una idea clara de lo que era el “Presidente Pinto”, buque anunciado por el doctor Abadía, oigamos la descripción que de él hace el general Lucas Caballero en las páginas 200 y 201 de su libro titulado “Memorias de la guerra de los mil días”. Dice así:

Al crucero mencionado —el “Presidente Pinto”— lo habíamos conocido en la rada de Guayaquil y era instrumento bélico abrumadoramente incontrastable para nuestro “Padilla”. Calculada la marcha, Herrera consideró que hacia fines de febrero (se refiere a un accidente ocurrido anteriormente) podía estar maniobrando en aguas colombianas, y que para entonces quedarían anuladas nuestras actividades marítimas y el gobierno en actitud de conectar sus ejércitos de Panamá y Aguadulce.

Estas opiniones de los generales Herrera y Caballero, en relación con las grandes capacidades combativas del “Presidente Pinto”, no las conocíamos nosotros en aquel tiempo. Apenas ahora las hemos leído en el libro mencionado; pero, sin conocerlas, habíamos pensado de idéntica manera. Por eso, en toda nuestra correspondencia le decíamos casi diariamente al gobierno: “Deme un buque para el Pacífico y, en cambio, yo le daré terminada la guerra en una semana.” Sobra decir que al doctor Abadía debieron presentársele insuperables dificultades, pues el buque no vino. Pero nuestra oferta al gobierno sí la cumplimos porque, meses más tarde, cuando nos vino el “Bogotá” y sus cañones se hicieron sentir en las costas de La Chorrera, San Carlos, Aguadulce y Tonosí, la guerra quedó terminada en menos de una semana, como se verá en el capítulo respectivo de este relato.

SALAZAR, Víctor M. (Conservador). Santa Fe de Bogotá, Colombia, 1911. Imprenta de Abadía Méndez.

La Batalla del Puente de Calidonia

BELISARIO PORRAS.

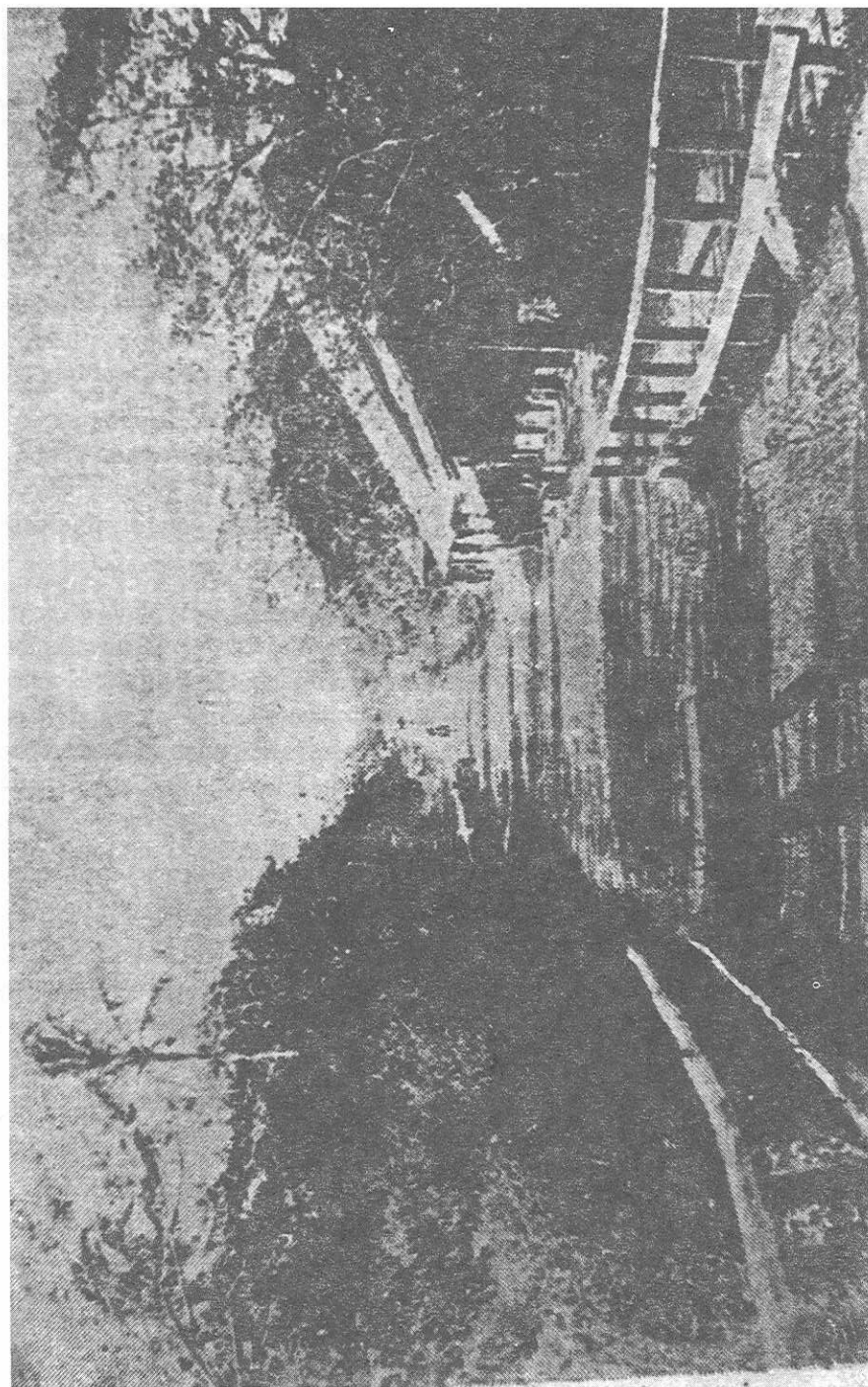
Amaneció al fin el funesto 24 de Julio. La noche del 23 al 24, desde que Chaux partió de nuestro lado, se nos hizo interminable. La pasámos en vela y sobresalto, contando los minutos y aplicando el oído a cada tumbo resonante de las olas, creyendo oír en ellos la ronca voz de los cañones, y confundiendo los ruidos prolongados y lejanos con el aquelarre siniestro de la lucha.

Cuando la claridad invadió el espacio, nos dirigímos a la playa a ver y a oír, a adivinar los incidentes del sangriento drama. Aunque amanecía sin sol, nebuloso y triste, se distinguía bien todo en frente de nosotros; el mar aquietado ya de su batahola nocturna, la costa y la ciudad mudas, inmóviles y expectantes. No había comenzado el duelo y lo suponíamos aplazado. No podíamos creer, sin embargo, que los nuestros esperaran la luz del sol para asaltar al enemigo en sus trincheras formidables.

Hay tres modos de abordar al enemigo en cualquier parte en donde esté; pero la *hora*, el momento psicológico de hacerlo no es más que uno, el de la noche, al amparo de sus sombras, cuando se halla en reductos o murallas dominantes o cuando se asalta una ciudad que nos disputa, a cuya entrada se encubre y parapeta.

Concedimos a Herrera todavía la cordura de apreciarlo así, pero luego salímos del engaño, pues, pasados algunos momentos, oímos el retumbo del primer cañonazo, y en seguida, sin ningún intervalo, una descarga cerrada.

Otro estallido y nuevos y resonantes ecos. Había comenzado la batalla, y ya el fuego no cesó más. Desde aquel instante (las ocho de la mañana) siguió sin tregua ni descanso. Lo oímos repetido o unísono, a manera de traqueteo constante o como un lejano y vago clamor. El viento nos alejaba las detonaciones o nos las volvía a traer secas, claras y distintas. A veces podía creerse que todo llegaba ya a su término, porque esas detonaciones



eran sueltas, lentas, como disparos a un enemigo que se aleja, que huye y se le deja ir; otras veces parecía que se acosaba a ese enemigo con animosidad, de modo terrible, con encarnizamiento, precipitadamente, haciéndole descargas o un tiro sobre otro tiro y otros más para cerrarle el paso, siguiéndolo para acabar con él, para hacerle volver grupas.....

Al medio día la situación era la misma, pero en la tarde, cuando ya el sol se hundía en el ocaso, sólo retumbaban los cañones. Sus rugidos eran lúgubres, y para nosotros ya era claro que el enemigo se mantenía firme en sus trincheras y que los nuestros no habían podido entrar a la ciudad. Si no, ¿por qué ese incesante estallido de las bombas? ¿Por qué cesó el ruido de la fusilería cuando una vez adentro de la ciudad la lucha tenía que ser cuerpo a cuerpo?

Sin embargo, de los que estábamos en Farfán, no todos pensábamos de igual manera. No sé a ciencia cierta qué era lo que pensaban algunos; pero cuando les hablaba del desastre se mostraban, al contrario, llenos de esperanza y fe. A prima noche no nos quedaba más que ir a constatar la catástrofe. Por el plano inclinado de un abismo, Herrera y cuatro o seis más de sus parciales, habían estado arrastrándonos, y aunque habíamos resistido firmemente, sosteniéndonos cuanto pudimos, agarrándonos de lo que encontrábamos, habíamos caído, al fin, y ¡todo estaba terminado! En un momento de despecho me había quedado en Farfán, significando así mi reprobación, mi protesta acerca de los autores de tan forzada y tremenda desgracia; pero ahora, cuando a la rabia impotente se sucedía el dolor, ahora debíamos ir al Campamento los que allí estábamos a ver si podíamos servir de algo, a dar también la vida o a prestar un nombre, como quien da una mortaja o una capa para encubrir la vergüenza de la irreparable desventura, fruto de obcecados errores.

La lancha a vapor estaba descompuesta, con uno o dos tubos menos de la bomba de alimentación; pero no importaba, éramos pocos ya —unos cuarenta poco más o menos— y podíamos ir todos en el “Gaitán”. Así, pues, a las diez de la noche nos embarcamos en él, salimos del estero con la repunta de la creciente, y después de doblar a Flamenco por el Oeste, reviramos sobre *Panamá* el *Viejo* hacia la Boca de la Caja. Allí, en esa irrisoria Boca, era donde debíamos desembarcar para alcanzar el Campamento de Perry’s Hill, del cual dista poco más o menos una legua. Llegamos a las cinco y media de la mañana, e inmediatamente echamos mano a los botes para saltar a tierra; y aunque las dificultades eran grandes, porque la fuerza de la vaciante arrastraba mar afuera nuestras naves y éstas